367

TEATRO ANTIGUO Y MODERNO

HAUPTMANN

ALMAS SOLITARIAS

Vilaseca

DRAMA

1 pta.

9

ALMAS SOLITARIAS

TEATRO ANTIGUO Y MODERNO - Vol. XXIII

GERARDO HAUPTMANN

ALMAS SOLITARIAS

VERSION CASTELLANA

DE

ANTONIO DE VILASALBA

LIBRERIA DE ANTONIO LÓPEZ, EDITOR.-RAMBLA DEL CENTRO, 20.—BARCELONA: : : : : : 1904.

Pongo este drama en manos
del que lo haya vivido.

PERSONAJES

VOCKERAT.

SEÑORA VOCKERAT.

JUAN VOCKERAT.

CATALINA.

BRAUN.

ANA MAHR.

SEÑORA LEHMANN.

EL PASTOR KOLLIN.

UNA SIRVIENTA.

UN RECADERO.

UNA AMA.

La acción del drama es en Friedrichshagen, cerca de Berlín, en una casa de campo cuyo jardín da al lago de Mueggel.

ACTO PRIMERO

La escena representa un salón que sirve de comedor y de recibidor. Hay un piano y una biblioteca. En las paredes grabados y fotografías, representando á sabios modernos, entre ellos á Darwin y Haeckel. Encima del piano un retrato al óleo de un pastor vestido con gran pompa. Además, varios grabados de Schuorr y de Carolsfeld, representando escenas bíblicas. Tres puertas; una á la izquierda y dos á la derecha. La primera da entrada al despacho de Juan Vockerat y las otras conducen respectivamente á la alcoba y al vestíbulo. El salón es bastante capaz. Tiene al fondo dos ventanas cimbradas y una vidriera comunicándose con una ancha galería, detrás de la cual, colúmbrase el jardín y las colinas lejanas.

ESCENA PRIMERA

Señora VOCKERAT, CATALINA y el AMA.

No hay nadie en el salón. Por la puerta entreabierta del despacho se oye la voz del Pastor que reza; luego se calla y vibran las notas de un coro acompañado de un armonio. Después se abre del todo la puerta del despacho y entran la Señora Vockerat, Catalina y el Ama que lleva un niño en pañales. Las tres vestidas con trajes de fiesta.

SRA. VOCKERAT.—*(Cincuenta años. Vestido de seda negra. Velo ondulado. Coge la mano de Catalina y la acaricia.)* ¡Que bien se expresa! ¿Verdad Catalina?

678182

CATALINA. —*(Veinte años. Estatura regular. Constitución delicada. Tez pálida. Trato amable. Convaleciente de un parto. Parece sonreir contra su voluntad, é inclina maquinalmente la cabeza hacia el niño.)*

AMA.—¡Vaya un hombrecito! Ja, ja, ja. *(Meciendo al niño en los brazos).* ¡Ay! ¡Tiene sueño! Psit, psit, psit.—Ya no quiere saber nada más. *(Separando un lazo que molesta al niño).* ¡Así!... run... run... run... run... Duérmete angelito, duérmete. *(Canturreando con la boca cerrada).* Run .. run...¡Como miraba al pastor! Asi hacía. *(Imitando al niño).* ¡Ja! ¡ja! pero cuando el pastor le echaba el agua no le daba mucho gusto, no. *(Canturrea otra vez).* Run, run, duérmete niño, duérmete ¡Ja, ja! ¡y como gritaba! ¡Vaya, vaya! Psit, psit... Run... run... run... run... *(Marcando el compás con un pie.—Catalina rie con gana pero mostrando cierta agitación).*

SRA. VOCKERAT.—¡Mírale Catalinita, mírale que hermoso es!... ¡Qué pestañas tan largas tiene el mocito!

AMA.—¡Ja! ¡Ja!... Tiene las pestañas de su mamá... Run... run... Las pestañas de... mamá!...

SRA. VOCKERAT.—Es la misma Catalinita; en todo se parece á su madre. *(Catalina dice enérgicamente que no con la cabeza.)* ¡En todo!

CATALINA.—*(Hablando con fatiga).* No, mamaíta, no quiero eso; no debe parecérseme en nada. Yo... *(Se contiene.)*

SRA. VOCKERAT.—*(Queriendo mudar conversación).* ¡Qué robusto está!

AMA.—Es un buen mozo.

SRA. VOCKERAT.—Mira mira que puños, Catalina.

AMA.—Parecen los del gigante Goliath.

CATALINA.—*(Besando al niño)*. Y qué pechito tan robusto ¿verdad?

AMA —Ya lo creo... como el de un general... ¡Psit, psit, psit!... Hará frente á cinco hombres lo menos!...

SRA. VOCKERAT.—¡Vaya! *(Se rien ella y Catalina)*.

AMA.—¡Y de buena sangre!... Psit. psit. ¡La sangre es lo que da vida á los niños!... Psit, psit, psit. *(Canturreando)*. Run... run... Ahora... vamos... á paseo .. Vamos... á... pasear... por el... jardín . Psit, psit... ¡Run... duérmete niño duerme! *(Entrase en la alcoba)*.

ESCENA II

Señora VOCKERAT y CATALINA

SRA. VOCKERAT.—*(Cierra tras la nodriza la puerta de la alcoba y vuelve moviendo la cabeza alegremente)*. ¡Qué mujer tan charlatana! Pero muy fiada, eso sí. Has tenido suerte en dar con una mujer así, por lo cual me alegro mucho Catalinita.

CATALINA.—*(Recordando lo que ha dicho el ama)*. General! Ja, ja, ¡Dios mío! Ja, ja... *(Su risa se vuelve histérica y de pronto se echa á llorar)*.

SRA. VOCKERAT.—*(Asustada)*. ¡Pero qué tienes! ¡Qué es eso! *(Catalina se domina. La Sra. Vockerat la abraza)*. ¡Catalinita!

CATALINA.—No... no ha sido... nada.

SRA. VOCKERAT.—¡Cómo que no! A ti te pasa algo, pero no me extraña, no... Te dura todavía la emoción. Ven y acuéstate un ratito.

CATALINA —No, no mamá..., me encuentro ya mejor.

SRA. VOCKERAT.—¡Ea! un ratito nada más.

CATALINA.—No, no. ¡Hágame usted el favor! Además, pronto comeremos.

SRA. VOCKERAT.—*(Se acerca á la mesa en que habrá vino y pasteles y llena un vaso).* ¡Toma siquiera un poquito de vino! Pruébalo, verás que dulce está. *(Catalina bebe).* Te conforta. ¿verdad?.. ¡Pero que cara me pones hijita mía! Vamos, vamos. Lo que tú necesitas es cuidarte, eso es... no desasosegarte por nada... no preocuparte... Ahora que ya tenéis un hijo verás como todo se arregla y como Juan estará más sosegado y...

CATALINA.—¡Ay mamá si eso fuera verdad!

SRA. VOCKERAT.—Piensa en el contento de Juan cuando nació el niño. Los niños le entusiasman... Tranquilízate, siempre ocurre así. Un matrimonio sin hijos, no vale un comino. Por mi parte, ¡cuánto he rogado al Señor que bendiga vuestra unión dándoos un hijo! En casa pasó lo mismo. A Vockerat y á mi, nos consumió la tristeza durante cuatro años. ¡Aquello no era vivír! Al fin el Señor oyó nuestras oraciones y nos dió á Juan. Entonces, sólo entonces Catalina, empezamos á saber lo que era vivir!... Así, pues, espera á que pasen los tres meses primeros y verás que alegrías te proporciona el niño. No tienes razón por afligirte; puedes considerarte dichosa puesto que tienes un hermoso hijo y un marido que te adora. Podéis vivir sín preocuparos del porvenir... ¿Qué más quieres?

CATALINA.—Es cierto: todo esto que me pasa puede que no sean más que tonterías... A veces me enfado sin causa fundada.

SRA. VOCKERAT.—¡Oye una cosa Catalina y no te enfades! Tú estarias más sosegada,

hijita mía, mucho más sosegada si... Mira, cuando yo siento mucha, muchísima pena rezo de todo corazón... Cuando le he dicho al Señor todo lo que me pasa me siento más aliviada ¡más contenta!... Por mi parte y digan los sabios lo que quieran creo que hay un Dios, Catalina: un Dios muy bueno que está en el cielo, créeme. Triste cosa es un hombre sin religión. ¡Pero una mujer que no cree en nada!... No te enfades Catalinita... Bueno, bueno ya me callo... ¡Es que yo rezo mucho! Cada dia le rezo á Dios y él hará caso de mis oraciones de seguro... Sois tan buenos los dos que... el Señor hará que os volváis piadosos también. (*Besa á Catalina. En este mismo instante calla el armonio*). Vaya, que charlando se me pasa el tiempo y...

CATALINA.—¡Si yo pudiera ayudarle á usted en algo! ¡Me apena tanto verla siempre corriendo de un lado para otro!

SRA. VOCKERAT.—(*En el dintel del vestíbulo*). Ya hablaremos de eso: ahora debéis descansar todos. Cuando estés completamente fuera de peligro me pondré á tus órdenes. (*Vase. Catalina quiere entrar en la alcoba, pero se detiene al ver á Braun que viene de la habitación en que se ha celebrado el bautizo*).

ESCENA III

BRAUN y CATALINA.

BRAUN.—(*Ventiséis años. Rostro pálido y fatigado. Ojos encendidos. Cabellos cortos. Traje de moda pero deslucido. Carácter flemático y malhumorado casi siempre.*) ¡Por fin! (*Saca la petaca y toma un cigarro,*) ¡Un quebradero de cabeza menos!

CATALINA.—¿Sabe usted que ha cumplido muy bien su misión, señor Braun?

BRAUN.—*(Encendiendo el cigarro).* Más me hubiera valido estar pintando, en lugar de ocuparme en todo eso.

CATALINA.—Ya recobrará usted el tiempo perdido.

BRAUN.—Valientes guasones estamos *(Siéntase á la mesa).* Y no obstante, veo algo serio en esas ceremonias.

CATALINA.—¿Se ha fijado usted en Juan?

BRAUN.—*(Con viveza).* No pudo ocultar su enervamiento. La idea de un escándalo me espantaba. Temía que interrumpiese al pastor ó algo así... ¡Y en verdad, parecía que la ceremonia no iba á acabarse en todo el dia!

CATALINA.—Eso sí que no señor Braun.

BRAUN. Si señora, si...Pero por mi parte estoy muy satisfecho. Esa escena es fácil que algún dia me proporcione motivo para un cuadro. ¡Sería un buen negocio! ..

CATALINA.—¿De veras, señor Braun?

BRAUN.—Si lo pinto, será menester que brote de la tela una mezcla de mil cosas diversas, como por ejemplo, vino blanco, pasteles. tabaco, cirios... en fin.. una cosa así, dulzona, vagamente agradable... sueños infantiles ¡qué se yo!...

ESCENA IV

Dichos, JUAN que sale de la habitación en que se ha celebrado el bautizo suspirando y quitándose los guantes. Tiene ventiocho años, estatura regular, rubio, rostro expresivo é inteligente. Facciones y movimientos nerviosos Vestido correctamente; frac negro, guantes y corbata blanca.

BRAUN.—¿Y tú, Juan, parece que te has emocionado?

JUAN.—¿Yo? No, no... ¿Está ya el almuerzo, Catalinita?

CATALINA.—(*Vacilando*). Había pensado... que afuera... en la galería...

JUAN.—¡Ah! ¿Conque han puesto la mesa allá afuera?

CATALINA.—(*Cariñosa.*) ¡No te parece bien! Yo pensé qué...

JUAN.—¡Catalina, no me pongas esa cara que no voy á comerte! ¡No puedo sufrir que te pongas así!

CATALINA.—(*Fingiendo firmeza*). Pues sí, he mandado que pongan la mesa allá afuera.

JUAN.—¡Bien! ¡Así me gusta! ¡Cualquiera pensaría que soy un ogro!

BRAUN.—(*Entre dientes.*) ¡Vaya, vaya no seas tan regañón!

JUAN.—(*Besa á Catalina. Luego con acento más suave.*) Pero si es verdad Catalina... Te portas conmigo como si fuera un verdadero tirano doméstico! Un Barba-azul ó cosa por el estilo. ¡Deja esa costumbre!

CATALINA.—Es que á veces te pones de una manera Juan ..

JUAN. — (*Irritado.*) Y aunque así sea ¿qué? ¿Constituye alguna desgracia? Dí... Contéstame... revuélvete contra mí... No tengo la culpa de ser así. Enmiéndate, porque no hay nada que me disguste tanto como el ver á una persona sufrida y sumisa, como imágen de iglesia!

CATALINA.—¡Pero Juan! ¡No te enfades así, por tan poca cosa, pues ni merece la pena que se hable de ello!

JUAN.—(*Furioso.*) No, te engañas de medio á medio! Ni chispa. Bueno estaría eso, si siempre estuviese irritado ¿verdad? (*Braun quiere intervenir.*) ¡Así hombre! ¡Ya se vé,

todos sabeis más que yo! ¡Ea, se acabó! Hablemos de otra cosa... ¡Ay, ay, ay!

BRAUN.—Vaya, acabarás por fastidiarnos con tanto suspirar y gemir.

JUAN.—*(Llevando la mano al pecho y haciendo una ligera mueca de dolor.)* ¡Ah... ay!

BRAUN.—Bueno, y ahora ¿que te pasa?

JUAN.—¡Nada! ¡Lo de siempre! El pecho me dá pinchazos.

BRAUN.—Dáselos tú á él.

JUAN.—Te advierto, que el caso no es para bromas. ¡Ay!... ¡ay!

CATALINA.—Vamos, Juan, no te desasosiegues que eso no es nada.

JUAN.—¡Cómo! ¿Después de dos pulmonías...?

BRAUN.—¡Y estos son los militares de la reserva!

JUAN.—¡Sí, sí, me río yo de eso!

BRAUN.—¡Hipocondriaco!... No nos vengas con cuentos. ¡Eso no es nada, nada absolutamente!... Sino que el sermon del pastor te ha sentado mal.

JUAN.—En verdad, Braun, que hablas del bautizo como de cualquier cosa... Ya sabes como miro esas bagatelas... En modo alguno bajo el punto de vista cristiano, pero de todos modos es cosa sagrada para tanta gente...

BRAUN.—Pero no para mí.

JUAN.—Ya lo sé... Para mí personalmente tampoco. Mas, á pesar de eso siempre es necesario adoptar cierta expresión de piedad en una ceremonia que...

BRAUN.—¡Bueno estás con la piedad!

JUAN.—Si tuvieras un poco siquiera...

BRAUN.—¡Bien está eso! Entonces no tenemos más que sentirnos devotos ante el primer pedazo de palo que se nos presente... ¡Todo eso no es más que sentimentalismo ridículo!

JUAN.—Bueno, dispénsame si te he ofendido .. Otra vez soportaré quizás estas discusiones mejor que hoy. (*Sale á la galería y se entrega á ejercicios gimnásticos. Braun se levanta sonriendo con aire preocupado*)

CATALINA.—(*De pie junto á la mesa de labor.*) Ha disgustado usted á Juan, señor Braun.

BRAUN.—(*Primero risueño y luego bruscamente.*) ¡Qué quiere usted señora! Odio á muerte los rodeos.

CATALINA.—(*Tras breve pausa.*) No juzga usted bien á Juan.

BRAUN.—¿Porqué?

CATALINA —Que sé yo... no sé como decirlo... Sin embargo, Juan discute con sinceridad!

BRAUN.—Me gustaría saber desde cuando está tan nervioso.

CATALINA.—¡Desde ese dichoso bautizo! Estaba yo muy tranquila pero de pronto ha venido eso á sacarle de su calma habitual. Lo del bautizo es una fórmula como cualquier otra y no podíamos dar un disgusto á los papás... No, de ningún modo. Figúrese usted ¡unas personas tan piadosas, tan rigorosamente ortodoxas!... Diga usted con franqueza, señor Braun, que no era posible una cosa así!

JUAN.—(*Abre la vidriera y grita.*) ¡Hijos míos, dispensadme si he sido algo brusco! Os prometo portarme bien si vosotros me correspondeis... (*Baja al jardín.*)

BRAUN.—¡Imbécil! (*Pausa corta.*)

CATALINA.—Algunas veces también se pone así conmigo... lleno de ternura. (*Pausa corta.*)

ESCENA V

VOCKERAT, el Pastor KOLLIN, BRAUN, CATALINA. Luego JUAN. Vockerat y el Pastor Kollin salen de la habitación en que se ha celebrado el bautizo, hablando ruidosamente Vockerat tiene unos sesenta años Fuerte y de buena constitución, con algunas señales de obesidad. Cabello gris, barba roja; con la cara y las manos llenas de pecas. Algo encorvado ya, anda despacito. Es amable con exceso; de natural alegre, ingénuo y exuberante. El Pastor Kollin tiene setenta y tres años, y lleva cubierta la cabeza con el solideo. Toma rapé.

VOCKERAT.—*(Llevando el pastor de la mano y con voz suave é insegura.)* Gracias, muchas gracias señor pastor. Sí, muchas gracias por sus consoladoras palabras, que en verdad me han fortificado mucho!... ¡Ah! estás aquí mi amada, mi buena Catalina! *(Se acerca á Catalina y la abraza con cariño.)* Pues bien, mi amada, mi buena Catalina, te felicito con todo mi corazón! *(Le dá un beso.)* El Señor se nos ha revelado una vez más en su gran bondad... sí, sí... en su inagotable bondad. (*Otro beso*) Su gracia y su bondad son inagotables... Y ahora... sí... ahora... bendecirá con paternal mano al niño... Sí, al niño... sí, si. *(A Braun)* Permítame usted que también le estreche la mano señor Braun. *(Entra Juan. Su padre dá algunos pasos hacia él.)* Vaya hombre, por fin te veo mi excelente Juan. (*Le abraza fuertemente, lleno de emoción).* A tí debo ser ahora tan dichoso! En verdad, soy muy dichoso... No sé como corresponder á los favores recibidos del Señor.

EL PASTOR.—*(Temblando estrecha solemnemente la mano de Catalina.)* Una vez más le

deseo mil bendiciones del cielo. (*Dando la mano á Juan.*) Mil bendiciones del cielo.

VOCKERAT.—Y ahora señor pastor, ¿quiere usted tomar alguna cosa? ¿No? Vamos, vamos...

JUAN.—Cierto; no se me había ocurrido... Aunque no sea más que un vasito de vino, señor pastor. . Voy por la botella.

EL PASTOR.—Bueno, pero sin cumplidos, por favor... No se molesten por mí.

JUAN.—¿Desea usted vino blanco?. .

EL PASTOR.—Como usted quiera: me es igual. Pero repito, nada de cumplidos, por favor! (*Sale Juan.*) Y mientras tanto adelantaré trabajo. (*Recoge sus abrigos; sombrero, gaban, etc., que estarán en un guardarropa junto á la puerta.*)

VOCKERAT —¿Pero va usted á marcharse ya, señor pastor?

EL PASTOR.—¡Pues vaya! ¡Qué sería de mí sermón! ¿Quien predicará por mí mañana? (*Braun ayuda al pastor á ponerse el gabán.*) Muchas gracias joven.

CATALINA.—¿No quiere usted honrar nuestra mesa, señor pastor?... Tomaremos una sencilla merienda.

EL PASTOR —(*Vistiéndose*) Con mucho gusto aceptaría, señora Vockerat... pero...

VOCKERAT.—Mi querido pastor, debiera usted darnos ese gusto.

EL PASTOR.—(*Vacilando*) Si pero .. ya pueden comprender que...

VOCKERAT.—¿Aceptará usted si se lo rogamos con mucha amabilidad?

EL PASTOR —¿Pero y la santa palabra de Dios que debo predicar mañana?... Sí, sí, predicar... Reflexionen ustedes... la palabra de Dios que debo predicar mañana... (*Vuelve Juan y pone vino.*)

VOCKERAT.—*(Toma un vaso y lo da al pastor.)* ¡Vamos pues, otro día será; pero que sea pronto! Ahora beba usted.

EL PASTOR.—*(Tomando el vaso.)* Bueno, eso sí, con mucho gusto, pero ya comprenden ustedes que!... ¡A la salud del mocito! (*Chocan los vasos.*) Para que sea un buen hijo de Dios!

VOCKERAT.—(*Bajando la voz.*) ¡Dios le oiga!

JUAN.—*(Ofreciendo cigarros al pastor.)* Fuma usted, ¿verdad señor pastor?

EL PASTOR.—Si: muchas gracias (*Toma un cigarro y le corta la punta.*) Muchas gracias. (*Juan le dá lumbre.)* Pf, pf, pf. *(Chupando ruidosamente. Por fin se enciende el cigarro. El pastor mira en rededor.*) Están ustedes muy bien acomodados aquí. Pf. pf. Y demuestran tener muy buen gusto. (*Echa una mirada circular á los grabados que adornan las paredes, al principio sin fijarse mucho, luego poniendo en ello más atención. Se para ante un grabado que representa la lucha de Jacob con el angel y lee:)* No... te dejo marchar .. pf, pf, si no .. me bendices. *(Exhala un ronquido de satisfacción.)*

CATALINA.—*(Algo agitada.)* Papaíto, iba á proponerte... En el jardin se está muy bien á estas horas. Hace menos frio que aquí... Podrías ir á dar una vuelta con el pastor... Yo haré que lleven los vasos allá afuera.

EL PASTOR.—*(Parado ante los retratos de hombres ilustres, junto á la biblioteca.)* ¡Vaya una mezcla de personas que hay aquí! Seguramente... pf. pf... son estos sus maestros, ¿verdad, señor doctor?

JUAN.—(*Algo turbado.*) Si señor... Es decir... exceptuando á Darwin se entiende.

EL PASTOR.—(*Con la nariz pegada á los retratos.)* ¡Darwin! ¡Darwin!... ¡Oh! ¡Perfecta-

mente!... ¡Darwin!... Ya, si si... ¡Toma, toma! *(Lee despacio.)* Ernesto Haeckel... y acompañado de un autógrafo, pf, pf. (*Con ironía.*) Sin duda este ha sido su profesor ¿verdad?

JUAN —(*Con prontitud y valentía.*) Si, y estoy orgulloso de ello.

VOCKERAT.—Dice bien mi hija, señor pastor. Se está mejor allá afuera... Si quiere usted... nos llevaremos los vasos y el vino...

EL PASTOR.—¡Ciertamente!... pf, pf... ¡Muy bien! ¡muy bien! pf, pf... Pero ya lo sabe usted,... dos minutos nada más. *(Sale con Vockerat y le dice con acento enojado:)* El hombre, señor consejero... el hombre no existe.... pf, pf... Es decir... no está hecho á imagen de Dios .. ¿comprende usted? El mono, ¡pf, pf!... Quiero decir que la ciencia ha descubierto que... *(Salen ambos á la galería, por la cual bajan al jardín, gesticulando con viveza. Braun sonrie irónicamente).*

ESCENA VI

JUAN, BRAUN y CATALINA.

JUAN.—¿Por qué te ries?

BRAUN.—¿Que por qué me río?... ¡Porque me divierto! ..

JUAN.—¿Te diviertes?...

BRAUN.—Sí ¿por qué no?

JUAN.—Verdaderamente tienes razón .. *(Paséase por la habitación y de pronto dice á Catalina que se dispone á salir).* Oye .. te parece que le he contestado algo fuerte?

CATALINA.—Algo, si.

JUAN.—*(Encogiéndose de hombros).* ¿Pero hijos míos, qué he de hacer ?... No puedo su-

frir estas cosas. Todo tiene un límite... ¡Y si se proponen provocarme!...

CATALINA.—No tiene nada de particular lo que ha dicho.

JUAN.—¿No?

CATALINA.—Tal vez ni lo ha notado siquiera.

JUAN.—*(Da algunos pasos rascándose la cabeza).* A pesar de eso no me agradan estas cosas.

BRAUN —Ves, ahí tienes motivo para irritarte, Juan.

JUAN —*(Furioso).* ¡Vive Dios, que me dejen tranquilo!... ¡que no me carguen mucho!... ¡porque si pierdo la paciencia!...

BRAUN.—¡Oh, sería espantoso!

JUAN —*(Dirigiéndose á Braun).* Sois unos sectarios y nada más... ¿De qué me serviría decirle la verdad á ese buen hombre? ¿De qué?... Mira tú, hablándome así, me curas inmediatamente de mi irritación, puesto que caigo en la cuenta que ponerse serio por tales tipos es soberanamente ridículo. Es lo mismo que si me enfadara porque los pinos tienen las hojas en forma distinta que los demás árboles... Hay que ser objetivo, hijos míos.

BRAUN.—En lo tocante á la ciencia no digo que no, pero en la vida real...

JUAN.—(*Paseándose*). Hijos míos, uo podéis figuraros lo que me fastidian estas cosas...

BRAUN.—*(Yendo de la chimenea donde estaba arrimado, hacia la mesa para tirar el cigarro á un cenicero).* Pues ¿y á mí? A mi también me fastidian, y con frecuencia. Mas, si por eso hubiésemos de estar gimiendo y lloriqueando siempre... ¡Rayos y truenos!

JUAN.—(*Con calma y sonriendo).* Nada de eso; sobre todo no exagerar. No se trata de gemir y lloriquear siempre. En todo caso se suspira un poco á fin de respirar mejor,

¿comprendes? ¡Bah! ¡Bah! No puedo quejarme de la vida: por lo menos no estoy tan cansado de ella como tú.

BRAUN.—Es posible.

JUAN.—Se entiende... cansado... cansado, según como y cuando. Tú eres como yo... ¡Ah, si no hubiese disgustado á mi padre y al pastor!

CATALINA.—*(Abrazando á Juan)*. Sosiégate, Juan, sosiégate.

JUAN.—¡Y además, mi trabajo! ¡Quince días cabales que no hago nada!

BRAUN.—¡Ah, débil; no reconoces que es una lástima.. !

JUAN.—*(No ha oído)*. ¿Qué?

BRAUN.—Nada.

JUAN.—Imbécil

CATALINA.—Sosiégate, Juan Piensa en nuestro hijo .. Durante el invierno podremos encerrarnos aquí, y entonces trabajarás.

JUAN.—Te participo Braun, que el capítulo cuarto está terminado.

BRAUN.—*(Indiferente)*. ¿Ya?

JUAN.—Fíjate en el manuscrito. Solamente para citar las obras consultadas, doce páginas. Improbo trabajo, ¿verdad? Te lo repito, será la pesadilla de algunas venerables calvas.

BRAUN.—Nunca dudé de ello.

JUAN.—Voy á mostrarte un ejemplo. *(Hojea el manuscrito)*. Aqui ataco á Rubois-Reymond.

BRAUN.—Bueno, sí... pero ahora no me leas nada. ¡Estoy tan fatigado! Otro día...

JUAN.—*(Resignado)*. No, no, naturalmente; ni pensarlo...

CATALINA.—Además, es hora de comer.

JUAN.—Pero, si ni siquiera lo pensaba. Sola-

mente quería... ¡Ah! *(Coloca suspirando el manuscrito en la biblioteca).*

CATALINA.—Por favor, Juan, sosiégate.

JUAN.—Ya lo hago, Catalina.

CATALINA.—Mientes, Juan; no lo haces.

JUAN.—Si alguien se interesase por mi... No es un imposible lo que quiero, no: bastaría solamente con un poco de buena voluntad y de interés por mis trabajos.

CATALINA.—Calma, Juan, calma: no te desesperes: ten paciencia; ya vendrá día en que se evidencie...

JUAN.—¿Y hasta ese día, qué? ¿Crees tú fácil vivir tanto tiempo sin una ayuda? ¿Te imaginas poder resistir hasta entonces semejante situación?

CATALINA.—Sí; tengo confianza en todo. Vamos, Juan, vamos; cuando pensamientos negros vienen á trastornarnos hay que distraernos en otra cosa... Ven; hagamos una visita á nuestro hijo. ¡Es tan lindo cuando duerme! ¡Siempre con los brazos así! *(Imita la postura del niño).* ¡Y estrechando sus diminutos puños con tanta gracia!... Ven: ya verás.

JUAN.—*(A Braun).* ¿Quieres acompañarnos?

BRAUN.—No, Juan; los niños no me enseñan nada. Voy á pasearme por el jardín. *(Desaparece por la galería).*

JUAN.—Vete con Dios, extravagante.

CATALINA.—*(Abriendo cautelosamente la puerta de la alcoba).* Te aseguro que es divertido. Chit... Poco á poco... No hagas ruido. *(Cogidos por la mano entran en la alcoba).*

ESCENA VII

Señora VOCKERAT, y una SIRVIENTA. Luego JUAN y CATALINA. Durante los últimos diálogos, la Sra. Vockerat y la sirvienta se ocupaban en disponer la mesa en la galería. De pronto ruido de vajilla qne cae y se rompe Una exclamación y aparece la sirvienta desconcert da, y dirigiéndose al vestibulo. En pos de ella la Señora Vockerat reprendiéndola ásperamente.

SRA. VOCKERAT.—Vamos que ya es demasiado. Todos los días rompe usted algo. ¡Adiós mayonesa! (*La sirvienta desaparece por la puerta del vestíbulo*). En mi casa tales cosas no sucederían. ¡Ya le enseñaría yo!...

JUAN —(*Atraído por el ruído sale de la alcoba*). ¿Qué hay, mamá? (*La abraza y se esfuerza en contenerla*). Vamos, vamos no te alborotes; apacíguate.

CATALINA.—(*Asomándose á la puerta de la alcoba*). ¿Qué hay?

JUAN.—Nada; absolutamente nada... (*Catalina se retira*).

ESCENA VIII

Señora VOCKERAT y JUAN.

SRA. VOCKERAT.—Bien; muy bien Conque absolutamente nada, ¿eh? La vajilla rota vale diez marcos lo menos.. ¡Y no es nada, absolutamente nada! ¿Y la sabrosa mayonesa? Nada tampoco, ¿eh? (*Quiere desprenderse de los brazos de Juan*).

JAUN.—Mamá, mamá, paciencia. Hoy no comeremos mayonesa... ¡Ha sido una desgracia!

SRA. VOCKERAT.—Es que sois unos malgastadores. Vuestra riqueza no os permite tirar

el dinero por las ventanas, y la tolerancia que tenéis con las criadas las hace insoportables.

JUAN.—Hay que tener en cuenta que á fuerza de andar con la vajilla...

SRA. VOCKERAT —Tampoco digo que sea yo un tirano. He tenido criadas de seis y de siete años, y entiendo que lo que rompan, deben pagarlo Claro, les dais tortas con crema y cabiol... He ahí el resultado de las nuevas ideas .. Ya lo sabéis, no quiero oir hablar de ellas.

JUAN.—*(Riendo)*. No te alteres, mamá.

SRA VOCKERAT.—Si no me altero, hijo mio. *(Le da un beso)* ¡Ah, cabeza de chorlito! ¡Mil veces te he dicho que no has nacido para vivir con toda clase de gentes! *(En la galería la sirvienta limpia el suelo y recoge los cascos).*

JUAN. — Ciertamente, mamá. *(Regocijado).* Pero ¿por qué me miras así con esos ojos de angustia y de inquietudes?

SRA. VOCKERAT.—¿Yo? ¡Vaya una tontería! ¡Qué cosas tienes! ¿Cómo quieres que te mire?

JUAN.—Mírame otra vez.

SRA VOCKERAT.—Anda, tonto. *(Le mira fijamente).*

JUAN.—Así, así me gusta.

SRA. VOCKERAT.—Anda tonto Mi satisfacción sería verte contento, Juan.

JUAN.—Mamá, eso nunca lo verás. Los hombres contentos son como los moscones de una colmena... la escoria más despreciable.

SRA. VOCKERAT.—¿Y qué adelantas?

JUAN.—*(Con solemnidad y un poco emocionado).* El niño que ahí duerme será uno de esos, un descontento.

SRA. VOCKERAT.—No lo permita Dios.

JUAN —Será un hombre muy distinto de mí. Su educación corre de mi cuenta.

SRA. VOCKERAT.—El hombre propone y Dios dispone. Nuestros propósitos eran muy buenos...

JUAN.—Mamá, mamá, á pesar de todo, no soy completamente inútil.

SRA. VOCKERAT.—Tampoco digo eso. Hay que comprenderme... Dices que el pequeño Felipe será muy distinto... y... y. . ya ves, tú no crees en nada... ni siquiera en Dios. Diríase que no tienes religión. ¡Cómo quieres que no me aflije!...

JUAN —¡Religión, religión! En verdad, yo no creo que Dios sea como nosotros, que obre como obran los hombres, y que tenga un hijo, y, etcétera...

SRA. VOCKERAT.—Juan, esas cosas se han de creer.

JUAN.—No, mamá, no. Podemos negarlas y tener una religión. (*Con solemnidad*). Aquel que trate de comprender la naturaleza, trata de comprender á Dios. Dios, es la naturaleza... ¿Qué sería un Dios que hiciese mover al mundo desde fuera y que hiciese rodar al universo con el dedo? «Desde el interior debe mover el universo», dijo Goethe, quien sabía más que todos los pastores y superintendentes del mundo.

SRA. VOCKERAT.—¡Ay, hijo mío! Cuando te oigo decir estas cosas, considero que es una lástima que no continuases cursando la teología. Todavía recuerdo tu tesis y la favorable opinión en que te tenía el diácono.

JUAN.—(*Regocijado*). Mamá, mamá... ¡Han pasado esos tiempos! (*Llaman*).

SRA. VOCKERAT —Pero si está abierta la puerta

que da á la calle. *(Se encamina al vestíbulo. Llaman á la puerta).*

ESCENA IX

Señora VOCKERAT, JUAN, y Sra. LEHMANN.

SRA LEHMANN.—*(Vestida con una vieja saya de algodón azul. Entra con timidez).* Buenos dias.

SRA. VOCKERAT.—Buenos dias, señora Lehmann.

JUAN.—Buenos días.

SRA. LEHMANN.—Solamente quería cerciorarme de qué... Dispense, señora Vockerat... Voy en seguimiento de mi inquilino, y hace rato que le busco

JUAN.—En efecto señora; Braun está aqui.

SRA LEHMANN.—*(Mirando en derredor)* ¡Ah, pícaro! ¡Qué bien estará!

SRA. VOCKERAT.—¿Y cómo le van los asuntos, señora Lemann?

SRA LEMANN.—¡Ay, señora Vockerat, muy mal! Me he visto obligada á desprenderme de mi marido. No podiamos vivir, y ahora veremos como voy á arreglármelas para ir tirando con mis cinco hijos.

SRA. VOCKERAT.—¿Qué dice usted? ¿Cómo es posible...?

SRA. LEHMANN.—*(Cada vez más prolija).* Créeme usted, señora, si no fuese yo tan débil... Y los disgustos acaban con el más fuerte. ¡Qué quiere usted...! Dije á mi marido: «Adolfo, ya puedes irte con tus camaradas.. ¿Oyes? con tus camaradas glotones .. Yo ya me desgañitaré por mis cinco infelices....» le dije... «Procura arreglarte lo mejor que puedas, y si das con dinero pásatelo por el gaznate. Tu corazón no pesa dos

adarmes.. Si solamente circulase por él una gota de sangre no dejarías agonizar á tu mujer y á tus hijos.» Así le hablé, señora Vockerat, y créame usted que me aflije recordarlo.. Lo reconozco, he sido dura, pero ¿qué le diré? Pienso que era el mejor procedimiento... Y ahora, estoy esperando el dia en que Dios tenga á bien llamarme con mis hijos.. (*Llora y se enjuga los ojos*).

SRA. VOCKERAT.—Siempre debemos...

SRA. LEHMANN.—Eso es; también lo dije «Puedes marcharte á donde quieras... á la India...¡Anda! En siendo uno honrado y algo económico, le dije, siempre se sale de apuros...» Y en cuanto á eso, señora Vockerat, me tengo por muy honrada... Podría usted confiarmelo todo sin temor de que jamás le faltase nada.

JUAN.—¿No deseaba usted ver á Braun, señora Lehmann?

SRA. LEHMANN.—Lo que son las cosas; tiene usted razón. Ya me había olvidado... Allá espera una señorita que desea verle. (*Ana asoma la cabeza á la puerta del vestíbulo y luego la retira. Juan la ha visto*).

JUAN.—Entre usted; hágame usted el favor.... (*A las dos mujeres que no se han apercibido de nada*). La señorita... Conque era la señorita... (*A la Sra. Lehmann*). Debía usted hacerla entrar. (*Abre la puerta del vestíbulo*). Hágame usted el obsequio, señorita. Si desea usted ver á mi amigo Braun, tómese la molestia de entrar.

ESCENA X

Dichos y ANA. Tiene veinte y cuatro años. Estatura regular; la cabeza pequeña, el pelo negro y recortado; el cutis fino y nervioso. Desenvoltura y gracia en los movimientos. Además, cierta seguridad suavizada por la modestia y el tacto, de modo que persista sín desmentirse en lo más mínimo el carácter abiertamente femenino de su aparición. Viste de negro.

ANA.—Dispensen ustedes: siento molestarles.

JUAN.—Pase usted; hágame el obsequio.

ANA.—Como que la señora Lehmann no venía, solamente quería indicar que... que ya volveré otro dia para hablar con el señor Braun.

JUAN.—Pierda usted cuidado... Voy á llamar á Braun ahora mismo... Siéntese usted un momento.

ANA.—No, no, gracias. *(Sigue de pie).* Siento mucho que se molesten ustedes...

JUAN.—Pero, señorita, le suplico... Si luego vendré con Braun. .

ANA.—Usted va á molestarse, y...

JUAN.—De ninguna manera, señorita... Dispensadme un minuto... *(Corto silencio y turbación recíproca. Juan desaparece por la galería).*

ESCENA XI

Señora VOCKERAT, Señora LEHMANN, y ANA.

SRA. LEHMANN.—Debo marcharme. *(A Ana).* ¿Supongo que no me echará usted de menos?

ANA.—Le doy mil gracias por haberme acompañado. Tome usted... *(Le da dinero).*

SRA. LEHMANN—Gracias, muchas gracias. *(A la*

Sra. Vockerat). Mire usted, señora, hoy todavía no me había estrenado; tan cierto como hay Dios. Sufro mucho, créame usted, pero cualquier cosa me gusta más que tener un glotón en casa .. Puede usted creerme. Solamente hay que tener confianza en Dios. Dios es bueno y nunca me ha abandonado. *(Cogiendo el botón de la puerta)* Tengo prisa: voy á comprar algo para mis cinco querubines... *(Vase)*.

SRA. VOCKERAT.—(*Siguiéndola*). Pase usted por la cocina, que le darán algo que haya sobrado.

ESCENA XII

Señora VOCKERAT y ANA.

SRA. VOCKERAT.—*(Poniendo una silla al lado de la que está destinada á Ana y sentándose en la misma)*. Señorita, le suplico que se sienta usted un momento.

ANA.—*(Cohibida)*. Puesto que usted lo quiere... *(Se sienta)*.

SRA. VOCKERAT.-¿Conoce usted esta comarca?

ANA — No señora. Soy de Rusia... de las provincias bálticas. y... *(Su turbación no le permite continuar)*.

SRA. VOCKERAT.— Yo soy de los alrededores de Breslau. Esta comarca es muy arenosa. No estoy á gusto aquí. ¡Y todo tan caro! Usted no tiene idea de lo cara que es la vida... Afortunadamente mi marido es arrendatario de una extensa propiedad, con lo cual vamos tirando y nos permitimos de vez en cuando mandar algo á nuestros hijos... ¿Ha visto usted el lago? Es muy bonito. En cuanto al lago, le digo en verdad que es delicioso .. Resulta divertido estar tan cerca del agua... Allá en el jardín tene-

mos dos canoas pero no me gusta que los chicos se embarquen. El agua me da miedo... Si no es indiscreción, dígame usted: ¿actualmente, habita usted en Berlín?

ANA.—Si señora, y por primera vez. Tenía deseos de ver esa gran ciudad.

SRA. VOCKERAT.—En efecto, Berlín vale la pena de verse. Pero hay tanto ruido...

ANA.—Precisamente por eso... Sobre todo si se viene de una aldea.

SRA. VOCKERAT.—Usted viene de... Si no es atrevimiento preguntarlo.

ANA.—De Reval y vuelvo á Zurick. Hace ya cuatro años que vivo en Zurick.

SRA. VOCKERAT.—¡Ah, que hermosa es Suiza! ¡Qué país más delicioso! Usted tendrá familia en Zurick.

ANA.—No señora; estudio.

SRA. VOCKERAT.—¿Usted?... ¿En la Universidad?

ANA.—Si señora, en la Universidad.

SRA. VOCKERAT.—¿Cómo es posible? ¿Usted estudianta? ¡Qué me cuenta usted! Eso es muy raro ¿Conque, usted es estudianta?

ANA.—¿Qué tiene de particular?

SRA. VOCKERAT.—Pero, dígame usted.., Estudiar y más estudiar ¿puede gustarle, señorita?

ANA.—*(Sonriendo)*. Si señora, mucho... Es decir, hasta cierto punto.

SRA. VOCKERAT.—¡Qué es extraño! *(Juan y Braun llegan á la galeria. Las señoras al verlos se levantan)*.

ANA.—Señora, siento muchísimo haberla molestado.

SRA. VOCKERAT.—Se equivoca usted: al contrario, me he alegrado infinito de ver tan cerca una estudianta de veras... Las que no somos instruídas tenemos á veces ideas

tan extravagantes!... ¿Es algún pariente el señor Braun?

ANA.—No señora. Nos conocimos en la exposición de París.

SRA. VOCKERAT.—*(Estrechándole la mano).* Hasta la vista, pues. Estoy satisfecha de...

ANA.—Le repito que me dispense de haberla molestado. *(La Sra. Vockerat saluda y sale por la puerta del vestíbulo. Entretanto Juan y Braun han concertado un plan. Juan se sienta en la galería y Braun entra.)*

ESCENA XIII

JUAN, BRAUN y ANA.

BRAUN.—*(Con sorpresa).* Señorita Mahr, ¿usaquí?

ANA.—En efecto, pero espero que usted no me hará capaz de semejante atrevimiento.. Su patrona de usted, la estupenda señora Lehmann, tiene la culpa si me hallo aqui.

BRAUN —Jamás hubiera pensado verla á usted en esta casa. Es una delicia...

ANA.—¡Siempre una delicia! En usted todo es delicioso. Vamos, veo que no ha cambiado usted en nada.

BRAUN.—Puesto que usted lo dice... Pero sin cumplidos señorita, póngase cómoda.

ANA.—No, gracias. Quería ver en qué mataba usted el tiempo *(Con ironía).* Especialmente me gustaría saber algo de su gran cuadro. ¿Se puede admirar ya?

BRAUN.—¿Mi cuadro? Ni pizca. Todavía falta la tela y. . la idea. .

ANA.—Mal hecho: muy mal hecho. Usted me prometió empezar el trabajo enseguida.

BRAUN.—El hombre propone .. y el cochero dispone... Pero póngase usted cómoda.

ANA —Si solamente quería verle á usted. Espero que...

BRAUN. - No, no, quédese usted un rato.

ANA.—¿Aquí?

BRAUN.—¿Y qué? ¿Ignora usted dónde se halla? Esta es la casa de Juan Vockerat, á quien ya conoce usted por referencias mías. Y por cierto que viene usted á propósito, pues hoy, por haber bautizado á un hijo de mi amigo, es dia de júbilo.

ANA.—Imposible; no puedo quedarme. Tengo encargos que cumplir.

BRAUN —Los almacenes están cerrados.

ANA —No importa: solo se trata de familias amigas. Con todo, no le olvidaré, pues más adelante pienso dirigirle un sermón para recordarle sus promesas... Todavía me parece usted un pintor de ideas.

BRAUN.—Es que ante todo hemos de saber y precisar lo que nos proponemos. Para trasladarlo á la tela siempre queda tiempo.

ANA.—¿Quien sabe?

BRAUN. — De todos modos, usted se queda aqui.

ANA.—Permítame señor Braun; no se moleste usted ..

BRAUN.—*(Llamando)*. Juan... Juan.

ANA —No... señor Braun, no. *(Juan se adelanta con timidez)*.

BRAUN.—Permítame... Mi amigo Juan Vockerat. La señorita Ana Mahr.

JUAN.—Ya había oído hablar de usted.

ANA.—Su nombre me era ya conocido.

BRAUN —Imagínate, Juan, que la señorita quiere dejarnos.

JUAN.—No puede ser: mi esposa se disgustaría. De nosotros no hay que hablar. Concedanos á lo menos la tarde. señorita.

ANA.—No sé qué hacer... En fin, si no les es-

torbo á ustedes... me quedo con mucho gusto.

JUAN.—¿Quien habla de estorbar? *(Ayudando á Ana á quitarse la vaquera que luego entrega á Braun.)* ¿Quieres colgarlo? Llamaré á mi esposa para decirla... *(Entra en la alcoba llamando:)* Catalina, Catalina.

ESCENA XIV

BRAUN y ANA.

ANA.—*(Componiéndose ante el espejo.)* ¿Sabe usted, Braun, que es muy amable su amigo?

BRAUN.—Quizás peca por exceso.

ANA.—¿Como, por exceso?

BRAUN.—Nada; me chanceaba. Es el chico más bueno del mundo. Eso sí, cuando habla de sus trabajos se hace insoportable... Ya verá, si pasa usted la tarde en compañía nuestra... como habla de sus estudios.

ANA.—¿Qué clase de estudios?

BRAUN.—No son de mi incumbencia .. Filosóficos, críticos, psico-fisiológicos... ¡Qué sé yo!

ANA.—Todos ellos me interesan... También estudio filosofía.

BRAUN —¡Oh! entonces, señorita, usted no se irá de aquí. Si se interesa por sus aficiones experimentará una dicha indecible.

ESCENA XV

Dichos, JUAN.

JUAN.—*(Saliendo de la alcoba.)* Braun.

BRAUN.—¿Qué hay?

JUAN.—Entra, y tranquiliza á Catalina, por-

que se obstina en que el niño tiene una costilla más saliente que las otras.

BRAUN.—¡Vaya una idea!

JUAN.—¡Tonterías! Entra, entra enseguida. Cualquiera bagatela la pone fuera de sí.

BRAUN.—Bueno; voy al instante. (*Entra en la alcoba.*)

ESCENA XVI

JUAN y ANA.

JUAN.—Mi esposa dice que la perdone, señorita. Luego vendrá... Entre tanto, ha añadido, puedes enseñarle el jardín... Por consiguiente, le ruego...

ANA.—¡Oh! con mucho gusto.

JUAN.—(*Sonriendo.*) Tenemos un cercado hermosísimo .. Es decir, lo hemos alquilado. Lo más notable es el lago ¿Conoce usted el Muggelsee? (*Dirígense ambos hacia la puerta de la galería.*) Debo decirla á usted que detesto las ciudades. Mi ideal consiste en un gran parque cercado de altas paredes. Así, sin ser molestado, podría uno consagrarse enteramente á sus ideas.

ANA.—Conforme á las doctrinas de Epicuro.

JUAN.—Eso es... Cada día me afirmo más. No veo otro camino. . ¿Tiene usted frío?

ANA.—No señor. . Estoy acostumbrada á todo. (*Juan la deja pasar y ambos se encaminan al jardín pasando por la galería, desde la cual, Juan hace con el brazo varias indicaciones á Ana. Braun y Catalina salen de la alcoba.*)

ESCENA XVII

BRAUN y CATALINA. Después la señora VOCKERAT.

BRAUN —(*Mirando en derredor.*) Se fueron.

CATALINA.—¡Vaya!

BRAUN.—¡Ah! y conste que la costilla del niño no tiene nada de anormal

CATALINA.—Soy tan nerviosa...

BRAUN.—¿Por qué?

CATALINA.—(*Riendo.*) Y además, me dan palpitaciones en el corazón.

BRAUN.—Por lo visto es usted muy impresionable.

CATALINA.—¿Es orgullosa?

BRAUN.—¿Quién?

CATALINA.—La señorita.

BRAUN.—¿La Mahr?... ¿Orgullosa? Nada de eso, señora.

CATALINA.—¿Y porqué no ha de serlo? Yo lo sería con mucho gusto, si...

BRAUN.—Ni pizca: nada de orgullo. Usted la humilla, señora.

CATALINA.—Al contrario; la tengo en gran concepto.

BRAUN.—No diré que á veces no sea algo arrogante, pero se la doma con facilidad. (*Silencio.*)

CATALINA.—¡Toma! Juan le ha mostrado un fragmento de su manuscrito, ¿es inteligente en esas cosas?

BRAUN.—Ya lo creo.

CATALINA.—¿De veras? ¡Representamos un papel muy ridículo ante personas tan inteligentes!

BRAUN.—¡Bah! no me tengo por instruído; nada he estudiado, pero no me preocupa la inteligencia que les adorna.

CATALINA.—Seguramente ella tendrá una conversación discreta y amena.

BRAUN.—Nada de eso; habla como... como hablamos nosotros. Sólo que es instruída... Oh, si, muy instruída: en cuanto á eso no hay que negarlo. Pero, ¿que tiene de particular...?

CATALINA.—(*Riendo.*) De niña, era yo una carraca; chillaba por cualquier bagatela. Mas con los años he cambiado, y ahora, no me atrevo á desplegar los labios por no soltar una majadería. (*Llamando desde la puerta de la galería.*) Mamá, pondrás otro cubierto.

SRA. VOCKERAT — (*Disponiendo la mesa en la galería.*) ¿Quién es?

CATALINA — La señorita.

SRA. VOCKERAT.—¿Quien?... Ah, ya recuerdo. Muy bien, Catalina.

CATALINA.—(*Exhala un suspiro y dice á Braun.*) ¡Ah! Cuando no se ha aprovechado el tiempo, es inútil torturarse el alma. ¿Porqué desesperarnos ya que es tarde? (*Se detiene á contemplar un ramillete de flores.*) Mire usted que hermosas están... ¡Y son rosas! (*Dándoselas á oler.*) ¡Que perfume tan delicioso exhalan!

BRAUN.—¡Oh, muy delicioso!

CATALINA.—(*Dejando el ramillete en el mismo sitio.*) ¿Es jóven?

BRAUN.—¿Quien?

CATALINA.—La señorita Mahr.

BRAUN.—No puedo precisar su edad.

CALALINA.—¡Pensar que ya tengo veintidós años! ¡Como pasa el tiempo!

BRAUN.—(*Riendo.*) Aprisa, muy aprisa.

CATALINA.—Bien considerado, mi alma es limitada y de pocos alcances.

SRA. VOCKERAT.—(*Asomando la cabeza por la puerta de la galería.*) Hijos míos, todo está dispuesto. (*Retírase, y se le oye llamar.*) Papá, papá.

ESCENA XVIII

VOCKERAT, el pastor KOLLIN, CATALINA y BRAUN, en la galería. El señor Vockerat y el pastor vienen alegres. El primero, trae colgado del brazo el gaban del segundo.

VOCKERAT.—¡Ajá! Ya hemos llegado. Venga usted acá y hágame el obsequio de desembarazarse. Ja, ja, ja. *(Rie.)*

EL PASTOR.—*(Con el sombrero, guantes. y baston en las manos.)* Ja, ja, ja. *(Fuma y rie con estrépito.)* Ja ja. Tiene gracia, en verdad... Pf... ja, ja ¡Ay, que gracia!

VOCKERAT.—Y la historia es auténtica, señor pastor. *(Sigue al pastor con el gaban.)*

EL PASTOR.—«Señor Neugebauer . » *(Riendo.)* Ja, ja, ja... «Señor Neugebauer . ¿Desea usted algo más?» Ja, ja, ja. *(Deja el manteo y el sombrero colgados en la percha y queda con el solideo en la cabeza.)*

VOCKERAT.— Señor Neugebauer .. *(Dirigiéndose á Braun.)* Se trata de un entierro efectuado en esta comarca, señor Braun. La familia rodeaba el féretro. *(Simulando la sorpresa.)* De pronto óyese un ruído extraño Habrán derribado una silla ó empujado una mesa, ¿quien sabe? Lo cierto es que se había oído ruido. *(Simulando el terror.)* Todos se sintieron acometidos de terror. Sólo el sacristan. . ja, ja. ja, sólo el sacristán se reviste de coraje. ¡Ese sí era valiente! Se acerca cautelosamente al ataud... ja, ja, ja, y golpea la tapa *(Imitando la voz del sacristan golpea sobre la mesa con el dedo)* Señor Neugebauer, señor Neugebauer ¿Desea usted algo mas? *(Rie estrepitosamente.)*

EL PASTOR.—Había que ver... ja, ja, ja. ¡Conozco á los sacristanes! Ja, ja, ja.

ESCENA XIX

Dichos y Señora VOCKERAT.

SRA. VOCKERAT.—Vamos papaíto, date prisa que la sopa se enfría.

VOCKERAT.—Señor pastor, vamos allá.

EL PASTOR.—Puesto que ustedes me han arrollado... *(Tira el cigarro á un cenicero y ofrece el brazo á la Sra. Vockerat.)* Señora Vockerat...

VOCKERAT.—*(Ofreciendo el brazo á Catalina.)* ¿Y Juan? ¿Dónde está?

SRA. VOCKERAT.—¿Y la señorita? Vaya que Juan se ha portado muy mal. La comida va á enfriarse.

VOCKERAT.—*(Riendo.)* Ya ve usted, señor pastor; entre la copa y los labios... ja, ja, ja.

EL PASTOR.—Hay la siniestra mano del destino... ja. ja, ja.

VOCKERAT.—¡Ah! ¡Conque una dama!... ¿No había una pareja cerca del lago, señor pastor?

EL PASTOR.—¡Vaya! Y seguramente se embarcarían luego en la canoa.

SRA. VOCKERAT.—¿Si nos adelantásemos...?

VOCKERAT.—Bien dicho.

BRAUN —*(Desde la galería.)* Ya vienen. Aquí están.

VOCKERAT.—Ya era hora.

ESCENA XX

Dichos, JUAN y ANA, por la galería.

JUAN.—¿Llegamos tarde?

VOCKERAT —Justo.

JUAN.- Ustedes dispensen.. Estábamos, tan bien en el lago... Ah... Permítanme. *(Hace las presentaciones.)* El señor pastor Kollin... Mi padre... Mi madre

SRA. VOCKERAT.—Somos amigos ya.

JUAN.—Mi esposa.. La señorita Ana Mahr. *(Todos pasan á la galería; la Sra Vockerat del brazo con el pastor, Catalina con Vockerat, Ana con Juan, y Braun cerrando la comitiva.-Soledad en el salón -En la alcoba óyese la voz del ama* «Run, run, duerme angelito, duerme». *En la galería rumor de platos y vajilla de plata. De pronto entra Catalina en busca de algo en el cajon de la mesa, y en pos de ella Juan.)*

JUAN.—Vaya. Catalina, no corras tanto. Déjame á mí.

CATALINA.—Pero si me encuentro fuerte. Más de lo que tú crees.

JUAN.—*(Entusiasmado.)* ¡Oh, si supieses! ¡Qué ser más prodigioso! ¡Cuantos conocimientos, y qué criterio más independiente! ¡Y pensar que está casi en la indigencia! ¿Recuerdas lo que nos dijo Braun? Has de convenir que en el fondo, tenemos el deber de acogerla por algunas semanas.

CATALINA – Si tú quieres...

JUAN.—No, yo no quiero nada: tú tendrás más necesidad de ello que yo. y por lo tanto, á tí corresponde decirlo. En su compañía puedes aprender mucho.

CATALINA.—A veces eres muy cruel, Juan.

JUAN.—¿No es verdad lo que digo? Presentándose como se te presenta ocasión de instruirte, habrías de aprovecharla Hay que dar hospedaje á esa joven. No concibo como puedas mostrarte tan indiferente.

CATALINA.—Pero si estoy de acuerdo contigo, Juan.

JUAN.—¡Ni un rasgo de abnegación! ¡Ni la menor iniciativa! ¡Esto es horroroso! *(El pastor llama golpeando un vaso.)*

CATALINA.—Pronto, vete Juan; el pastor va á brindar. Voy contigo al momento... Pienso como tú, pero no podemos alejarnos los dos juntos, cuando...

JUAN.— Sosiégate, sosiégate, Catalina *(Besa sus ojos empapados de lágrimas y se dirige á la galería.—Se oye la voz del pastor.—El ama canturrea con dulzura —Al quedarse sola Catalina, experimenta cierta flaqueza que le obliga á buscar donde apoyarse. Encaminándose á la galería vése acometida varias veces por el vértigo, y no pudiendo más, se echa sobre una silla Mira fijamente á un lado y á otro, los ojos arrasados en lágrimas y moviendo los labios.--El pastor ha terminado el discurso. Chocan los vasos. Catalina se repone; despues se levanta, y entra en la galería)*

TELON

ACTO SEGUNDO

La misma decoración.

ESCENA PRIMERA

Señora VOCKERAT y ANA. La primera, con traje de diario, dispone la mesa para el almuerzo. Oyese un coro de hombres pasar entonando el *Wem Gott will rechte Gunst erweisen* (1). Ana viene del jardín con una cesta de uvas debajo del brazo. Detiénese en la galería, escúcha, y llevandose la mano á la frente á guisa de pantalla mira mas allá del lago, hasta que no se oiga el coro. Viste sencillamente de negro; mangas cortas, cubierta la cabeza con una pañoleta negra de encaje, y un ramo de flores en la cintura.—Hermoso día de otoño.

SRA. VOCKERAT.—Buenos dias, señorita.

ANA —*(Deja la cesta en el suelo, y besa la mano de la Sra. Vockerat.)* Buenos días, señora Vockerat.

SRA. VOCKERAT —¿Tan temprano y trabajando ya, simpática?

ANA.—Juan y yo cogemos las uvas.

SRA. VOCKERAT.—Como que ya es tiempo. *(Prueba las uvas.)* Están bien; ya no adquiquirirían más sabor. *(Sacudiendo los brazos desnudos de Ana.)* ¿No siente usted frío, tan ligeramente vestida? Hoy el tiempo ha refrescado más.

ANA.—*(Colocando con precaución los racimos*

(1) *Aquel que Dios quiere favorecer.*

sobre una tablilla.) Dice usted bien; hace frío. Pero no importa, yo le resisto. De madrugada la atmósfera era deliciosa... Las estacas, ¿oye usted?, las estacas que sirven para amarrar los botes aparecían cubiertas de escarcha, y al dar en su blancura los primeros rayos del sol, ofrecían un paisaje encantador. . Aqui todo es hermoso ¿Puedo ser útil en algo, madre Vockerat?

SRA. VOCKERAT.—Sí, hágame usted el favor del azucarero.

ANA.—*(Inclinada sobre la mesa en que ha dejado el azucarero).* ¿Le sabrá á usted mal que le llame madre Vockerat?

SRA. VOCKERAT.—Quite usted; no faltaba más.

ANA.—¡Sería tan feliz si usted me lo permitiese! *(Abrazando bruscamente á la Sra. Vockerat.)* ¡Oh, cuan agradecida le estoy por albergarme en su casa!

SRA. VOCKERAT.—Vamos, señorita.

AMA.—¡Me siento tan dichosa en este hogar! ¡Son ustedes tan buenos para mi!... ¡Tan amables...!

SRA. VOCKERAT.—¿Y nada más?

AMA —¡Considerar que se puede ser tan feliz viviendo en familia! Jamás experimenté tanta dicha.

SRA. VOCKERAT.—No hable usted tan alto de la dicha, señorita.

AMA.—¿Es usted supersticiosa, madre Vockerat?

SRA. VOCKERAT.—¡Oh, no!... Reconozco que dice usted bien; gracias á Dios vivimos contentos. No obstante, en esta casa, no están las cosas como debieran estar.

ANA.—No sabía... Sin embargo, ustedes son... No, no me diga usted nada.

SRA. VOCKERAT.—Tiene usted razón. No hay

que recriminar á ninguno. *(Por cambiar de conversación.)* Es una suerte tenerla á usted aqui. *(Misteriosamente).* Juan la considera á usted un génio.

ANA.—*(Se turba y cambia de color; luego bruscamente.)* ¿De veras me aprecia usted?

SRA. VOCKERAT.—Y mucho, señorita.

ANA.—No tanto como yo á usted: la amo como á mi propia madre. *(Coge la cesta vacía, con intención de volver al jardín).* Juan tiene lo que se llama un buen corazón; casi peca por demesiado tierno.

SRA. VOCKERAT.—¿Cómo lo explica usted?

ANA.—Ayer, por ejemplo, yendo por la calle dimos con un borracho. Los chicos salían de la escuela y reuniéndoseles algunos grandullones empezaron á inquietarle. Al llegar frente al palacio Müggel el escándalo era insoportable...

SRA. VOCKERAT.—Ciertamente, él no aguanta esas injusticias: en semejantes casos nadie puede contenerle. Algunos disgustos le cuesta.

ANA.—¿No le parece á usted bien, madre Vockerat?

SRA. VOCKERAT.—¿Bien? Según... Reconozco que es generoso y atrevido. Mas, ¿de qué le sirve todo eso? Es bueno, ya lo sé, muy bueno, pero ha perdido la fe en Dios. Duro es, créame usted señorita, para una madre... digo, para unos padres, que con mucho gusto habrían dado, ¡lo juro! toda la sangre de su corazón para hacer de su hijo un perfecto cristiano *(Se suena las narices para disimular la emoción).* ¡Maldito resfriado! ¡Tantos días! *(Limpia el polvo de los muebles y luego:)* Observa buena conducta, nadie lo niega; pero eso constituye una pena para nosotros. Algún día vendrá el castigo,

pues la mano de Dios no dirige sus trabajos... Siempre inquieto .. Siempre agitado .. Siempre con la misma energía. Y si al menos consiguiese algo; pero nada, ningún resultado... ¡Oh, si le hubiese usted visto cuando iba á la escuela! Era un muchacho... un muchacho prodigioso... Todavía me acuerdo del pastor Schmidel... Todos se admiraron. . A los trece años en segunda y á los diecisiete terminó sus estudios en el Gimnasio... Ahora, todos se le han adelantado; hasta los más torpes, una porción que estaban muy por debajo de él han encontrado colocación y prosperan.

ANA.—En el fondo, es natural que sea así. Eso prueba claramente que Juan busca un más allá: y como que los caminos trillados no son de su gusto, se traza uno nuevo para conseguir su propósito.

SRA. VOCKERAT.—¡Ay, señorita! ¿por qué atormentarse tanto? ¿Qué le darán de sus trabajos? Preferiría cien veces más que fuese un simple campesino, un jardinero .. hasta un funcionario, cualquier cosa, mientras evitase todos esos afanes. De todos modos, no quiero que usted se entristezca, señorita. Hay días en que tengo pensamientos negros y se me antoja que todo es mentira. En fin, trás muchas recriminaciones uno se dice: «Dios lo arreglará todo»... ¿Se rie usted? Pues cónstele que soy como mis padres; respeto las creencias religiosas y ningún poder en el mundo, me hará desprender de ellas.

ANA —Es que yo no me reí de eso, señora Vockerat;creo que hace usted bien en continuar la tradición. Vamos, alégrese usted y véngase conmigo; ¿quiere? ¡Ea! saldremos á la galería.

SRA. VOCKERAT.—No, no; hace frío allá fuera y todavía me resta algún trabajo. Vaya usted y traiganos luego á Juan que almorzaremos juntos. *(Vase Ana.—Mientras la señora Vockerat limpia el polvo de los muebles óyese rumor de pífanos y tambores. La señora Vockerat corre á la ventana. El rumor disminuye hasta extinguirse. Catalina, vestida ligeramente, sale de la alcoba).*

ESCENA II

Señora VOCKERAT y CATALINA.

CATALINA. — *(Fatigada.)* ¡Cuanto ruído hay aquí los domingos!

SRA. VOCKERAT.—Son las sociedades gimnásticas de Berlín. ¡Qué buenos mozos!... Dios te guarde Catalinita. ¿Como has pasado la noche, hija mía? ¿Bien? Pues no haces buena cara.

CATALINA.—El niño se ha despertado dos veces, y luego me ha costado volverme á dormir... Aguarda, mamá; déjame descansar un poco.

SRA. VOCKERAT.—Ya te lo dijimos, hija mía, hay que dejar dormir al niño con el ama. Sigue nuestros consejos.

CATALINA.—*(Ligeramente disgustada.)* Considera mamá. Ya sabes qué...

SRA. VOCKERAT.—Pero ¿porqué no?

CATALINA.—Ya sabes que no conseguiríamos nada.

SRA. VOCKERAT.—Al fin, te verás obligada á ello, Catalinita.

CATALINA.—*(Irritada.)* ¡Separarlo de mí! ¡Ah, no! Felipe es mi hijo. ¡Una criatura tan pequeña y sin madre!

SRA. VOCKERAT.—Pero hija mía ¿qué tienes?

¿Quién te dice eso? Espera; voy á buscarte algo. ¿Quieres café, ó pan con manteca?

CATALINA.—Cualquier cosa. *(Silencio.)* Y Juan ¿donde está?

SRA. VOCKERAT.—Cortando uvas... La señorita le ayuda.

CATALINA.—*(Con la cabeza apoyada en la mano.)* La encuentro muy gentil.

SRA. VOCKERAT.—Yo también. Es más; simpatizo con ella.

CATALINA.—Y eso que formabas tan mal concepto de los emancipados.

SRA. VOCKERAT.—Ciertamente. Sin embargo, te diré...

CATALINA.—*(Con languidez.)* ¡Tan sencilla y juiciosa! ¡Y á pesar de saber tanto, sin ninguna pretensión! ¡Qué inteligencia! ¿Verdad, mamaíta, que es muy hermoso todo eso? Con sus conocimientos no pretende deslumbrarnos... Y sobre todo, me alegro por Juan, ¿no te parece mamá? Ahora, siempre está de buen humor.

SRA. VOCKERAT.—*(Con sorpresa.)* Si, si, es verdad; le veo más alegre.

CATALINA.—¿Verdad que si, mamaíta?

SRA. VOCKERAT.—Será porque tiene á quien explicar sus estudios.

CATALINA.—Lo cual, le llena de satisfacción.

SRA. VOCKERAT.—Puede que sea eso. *(Silencio.)*

CATALINA.—Me parece que la señorita Ana tiene razón en muchas cosas. Recuerdo haberle oído que las mujeres vivimos en una situación, completamente indigna de nosotras. Y decía verdad; lo experimento todos los dias

SRA. VOCKERAT.—No me ocupo de eso. Además, ya sabes que no hay necesidad de que me venga á cansar con historias tales. Le he demostrado ya, que soy mujer experi-

mentada y que mis creencias, no variarán en lo más mínimo.

CATALINA.—A pesar de lo cual, ella tiene razón. Si, mamá, lo que dice es la pura verdad. A las mujeres nos desprecian demasiado. Pásmate; ayer me dijo que todavía existe en nuestros códigos un párrafo que reconoce al marido el derecho de imponer, hasta cierto punto, correcciones á la mujer.

SRA. VOCKERAT.—Nada puedo objetarte, puesto que no conozco las leyes. De todos modos, no debe ser eso tan terrible como supones, y... si quieres tenerme contenta, no te ocupes para nada de semejantes innovaciones que no hacen más que marearnos y acaban con nuestra tranquilidad... Aguarda, hija mía, voy por tu café... Ahora, ya sabes mi pensamiento, Catalinita. (*Vase. Catalina queda sentada, la cabeza apoyada en la mano y el codo en la mesa. Fuera, en el jardín, Juan y Ana pasan hablando y riendo. Catalina experimenta un sobresalto, tiembla, y se levanta para seguirles con la mirada, los ojos llenos de angustia y respirando con dificultad. Oyese á la Sra. Vockerat haciendo ruido con la cafetera; luego entra y encuentra á Catalina en la misma actitud.*)

SRA. VOCKERAT.— Toma... Ahí tienes... Aliméntate algo que te conviene.

ESCENA III

Dichas, JUAN y ANA que entran por la galería.

SRA. VOCKERAT.—¿Ya estais aquí?

JUAN.—(*Dejando la puerta abierta.*) Dejemos que entre el sol para calentarnos ¿Se ha hecho usted daño, señorita?

ANA.—(*Arrastrando consigo algunos sarmientos.*) No tiene importancia: el espaldero estaba húmedo, y resbalé, hé ahí todo. (*Se lanza á Catalina, le coge las manos y le besa la frente.*) Buenos días, Catalinita. Brr.. ¡Qué manos tan frías! ¡Si están heladas! (*Le frota las manos.*)

JUAN.—(*Besando á Catalina en la mejilla.*) Buenos dias, Catalina. (*Con sorpresa cómica.*) Pero, angelito mío, ¿qué extraña traza es la tuya? Pareces un pajarito enfermizo.

SRA. VOCKERAT.—Y sin embargo, vosotros sois los que traeis el frío. Será preciso encender fuego inmediatamente. Entre tanto, acercaos. (*Les invita á tomar café.*)

ANA.—(*Adornando la mesa de sarmientos.*) Hay que adornarlo un poco.

CATALINA.—Bonito, de veras.

JUAN.—(*Sentado.*) Decidme: ¿Qué concepto formasteis de la señorita Ana al llegar aquí ocho días há, y qué concepto os merece ahora?

ANA.—Estoy harto bien aquí: hay que partir.

SRA. VOCKERAT.—¡Oh, el aire del campo!

JUAN.—¡Y eso que de ningún modo quería quedarse!

SRA VOCKERAT.—¿Qué estará haciendo, tu padre, en este momento?

JUAN.—Lo mismo que haces tú.

SRA. VOCKERAT.—No, él vive ocupado. Seguramente prepara las siembras del invierno. Por otra parte, me ha escrito que debo estar aquí todo el tiempo que yo pueda ser útil.

JUAN.—Hay que suponer que vendrá á buscarte, ¿no te parece, mamá?

SRA. VOCKERAT.—En efecto, si le escribo que venga, vendrá. (*A Ana.*) Aprovecha todas las ocasiones para ver á sus hijos. Ahora

hay que añadir á su nieto... Vamos, estoy segura que al leer en el telegrama «un hermoso niño» se habrá, literalmente, vuelto loco de alegría.

CATALINA.—¡Qué bueno es, papá! Yo opino que habrías de reunirte con él bien presto, pues, de lo contrario, demostraríamos ser unos egoistas.

SRA. VOCKERAT.—No te ocupes de eso; procura, ante todo, hacer más buena cara.

ANA.—¿Y yo? ¿Qué se figuran ustedes? También sirvo para el gobierno de una casa. Y eso que no digo nada de los platos que les prepararé á la rusa, *borchtsch ó pilan. (Todos ríen.)*

SRA. VOCKERAT.—*(Con rapidez involuntaria.)* No, no me marcho todavía.

CATALINA. — Si ese es tu gusto, mamá... (*Pausa.*)

JUAN.—Alárgame la miel, Catalina.

CATALINA.—Aquí viene Braun.

ESCENA IV

Dichos, BRAUN con gabán, sombrero, paraguas, maleta y un libro debajo del brazo. Parece aburrido y anda con fatiga y perezosamente.

BRAUN.—Buenos días.

JUAN —¿De dónde diablos vienes con esta facha y tan temprano? (*La Sra. Vockerat golpea el aire con su servilleta.*) Es una abeja, mamá. No la mates.

BRAUN.—Quería marchar á Berlín con objeto de recoger las pinturas de mi proveedor, y por desgracia el tren me ha dejado.

JUAN —¡No es extraño, te ocurre á menudo!

BRAUN.—¡Bah! Iré mañana.

CATALINA. *(Agitando las manos para ahuyentar la abeja).* La miel la atrae.

ANA.—¿No hay otros trenes? *(Mirando el ramo de hojas prendido á su cintura).* ¡Abejita! ¡Abejita!

BRAUN.—Me resultan demasiado caros; sólo utilizo los trenes para obreros.

JUAN.—Esos parten muy temprano. Dime, ¿puedes pintar hoy?

BRAUN.—Sin colores, no.

JUAN.—Braun, Braun. Empiezas á ser un perezoso.

BRAUN.—Para ser célebre tanto da un dia como otro. Además, todo lo que sea pintura...

JUAN.—¡Ya! Prefieres jugar al ajedrez, ¿no es eso?

BRAUN.—Claro. Y si te procurases un rato de distracción en este género de ejercicios, en vez de agitarte sin tregua ni descanso, serías más dichoso.

JUAN.—¿Qué hemos de hacerle? ¡No hay remedio!

SRA. VOCKERAT.—*(Levantándose).* ¡Una avispa! ¡Una avispa! *(Todos agitan las servilletas en dirección de la Sra. Vockerat).*

JUAN.—Se marchó.

SRA. VOCKERAT.—¡Bestias asquerosas! *(Siéntanse todos).*

JUAN.—Siéntate Braun. ¿Qué traes aquí?

BRAUN.—¿Ya quisieras saberlo, eh? Son cosas muy interesantes.

JUAN.—Bueno, almuerza algo. .

BRAUN.—*(Da el libro á Juan y se sienta á la mesa).* Con mucho gusto. Casi estoy en ayunas... Entretanto, repasa *Los Artistas* de Garschine.

JUAN.—*(Hojeando).* ¿En dónde has encontrado este libro?

BRAUN.—Creo que te interesará, Juan.

ANA —Ciertamente, es una linda novela. ¿No la conoce usted todavía?

BRAUN.—No. Empecé á leerla esta mañana en la cama y tanto me embebí en ella que perdí el tren.

ANA —¿Es usted partidario de Rjaebinine ó de Djédov?

JUAN.—Por lo pronto, es más partidario de la lectura que de la pintura.

BRAUN.—En este instante, no me interesan ni la lectura ni la pintura. Harías bien, Juan, en aprenderte de memoria la historia de Garschine. Entiendo que debemos ocuparnos en ciertas cosas, que, desde luego, interesan más que todas las pinturas y malos libros del mundo.

ANA.—Así, pues, se declara usted partidario de Rjaebinine.

BRAUN —¿De Rjaebinine? Alto, alto; en absoluto, no.

JUAN.—Bueno; ¿qué es, en suma, el libro *Los Artistas*?

ANA —Es la historia de dos artistas, uno cándido y sencillo, y otro con ribetes de filósofo. El cándido, de ingeniero pasa á pintor, y el filósofo, abandona la pintura para ejercer de maestro de escuela.

JUAN.—¿Por qué motivo?

ANA.—Porque le parecía más útil dedicarse á la enseñanza.

JUAN.—¿Y como lo consiguió?

ANA.-*(Coge el libro y lo hojea)* Espere usted. Lo mejor será leer el pasaje de referencia. Aquí está. *(Pone el dedo en el pasaje y dá la siguien-explicación:)* Djedo el ingeniero y Rjaebinine el filósofo visitan una fábrica de calderas de vapor. Sepan ustedes que el formidable martilleo, deja, al cabo de algún tiempo sin oído á los obreros que trabajan

en el interior de las calderas, y por eso en Rusia los que ejercen otros oficios suelen llamarles *los sordos*. Djedo muestra á Rjaebinine á uno de esos sordos trabajando. (*Lee*). «Aqui está, acurrucado en la penumbra de la caldera, firme, andrajoso, molido de fatiga... Sobre su rostro congestionado, el sudor chorrea á raudales... Su vientre deforme y hundido...»

SRA VOCKERAT —Basta. ¿A qué describir tan horribles cuadros que no pueden gustar á nadie?

JUAN — *Sonriendo y acariciando el pelo de su madre)*. Mamá, mamá, ¿hay que reir siempre?

SRA. VOCKERAT —No digo precisamente eso. El arte, sin embargo, debe divertirnos.

JUAN.—Algo mejor debemos esperar del arte.

ANA. — Rjaebinine tampoco se divierte: al contrario, se emociona y se subleva.

JUAN.—Piensa en la agricultura, mamá. Todos los años hay que herir la tierra con el arado para que brote algo.

ANA.—También en Rjaebinine germina algo. Hablando consigo mismo dice: «Mientras exista miseria tan grande, constituiría un crimen ocuparse en lo que no tiende directamente á la atenuación de la misma.»

SRA. VOCKERAT.—La miseria es de todos los tiempos...

JUAN —La idea de hacerse maestro de escuela no la encuentro acertada.

BRAUN.—¿Por qué? ¿No es más útil que pintar cuadros y escribir libros?

JUAN.—Tú sabrás en cuanto estimas tus producciones. Por mi parte, considero que mi actividad vale mucho.

BRAUN.—Tú no confiesas...

JUAN.—¿Qué? ¿Qué es lo que no confieso...?

BRAUN.—Precisamente eso...

JUAN.—¿Pero qué?

BRAUN.—Que todas tus producciones son tan inútiles como...

JUAN.—¿A qué producciones aludes?

BRAUN.—A tus producciones psico-fisiológicas.

JUAN.—(*Malhumorado*). ¡Eh! tú no sabes nada.

BRAUN.—Ni tengo empeño en saber.

JUAN.—Entérate pues: eres un ignorante, y no alcanzas ni un grado de civilización.

BRAUN.—¡Bravo! Dices bien. Prosigue haciendo gala de la erudición que adquiriste en las aulas.

JUAN.—Reniego de mi erudición... Lo cierto es..

BRAUN.—Ya lo has repetido cien veces; lo cual no impide que tus pretenciones científicas, broten hasta por los poros de tu piel. Pero en fin, no hablemos más de esto: son cosas sin importancia que cada uno ve á su manera.

JUAN.—¿Cómo, sin importancia?

BRAUN.—No hay para qué decirlo. Tú luego te alborotas.

JUAN.—Pero, hijo mío, habla, expresa con claridad tus pensamientos.

BRAUN.—¿Qué sacaremos de ello? Eso no es más que charlatanerías, fanfarronadas... ¡Ea! Cada cual se las componga á su gusto.

JUAN.—¿Tan insoportable soy?

BRAUN.—Algo menos que otros... Con todo, no eres un mal conservador.

JUAN.—Dispénsame si no contesto á tamaña tontería. Me dá ascos. (*Estallando en cólera.*) La cuestión es esta: Vosotros os llenais siempre la boca de frases ultra-radicales y habiéndoos yo declarado en absoluto

que jamás comulgaría en ellas, me llamais conservador.

BRAUN.—Dices bien, pero la cuestión tiene otro aspecto. En tanto que nosotros vamos derechos á nuestras ideas sin reticencias, tú nos llevas la contra defendiendo lo rancio y pasado de moda. Así es como has alejado á los amigos y te has quedado solo.

CATALINA.—*(Cariñosa.)* ¡Juan!

JUAN.—A los amigos que se han separado de mí... á esos amigos... con franqueza... les desprecio: allá se las hayan.

BRAUN.—*(Levantándose.)* ¿Conque los desprecias? *(Mirando á Ana.)* ¿Y desde cuando?

CATALINA.—*Después de una pausa.)* ¿Quiere usted dejarnos ya, señor Braun?

BRAUN.—*(Amoscado y con indiferencia.)* Sí, tengo que hacer.

JUAN.—*(Conciliado.)* No hagas tonterías.

BRAUN.—¿De veras?

JUAN.—Peor para tí. Haz lo que quieras.

BRAUN.—Hasta la vista. *(Vase.-Pausa.)*

ESCENA V

Dichos, menos BRAUN.

SRA. VOCKERAT.—*(Empezando á levantar los manteles.)* No sé porqué haceis tanto caso de Braun. Francamente, yo no le miro con muy buenos ojos.

JUAN.—*(Irritado.)* Hazme el favor, mamá...

CATALINA.—Braun no se porta bien contigo, Juan.

JUAN.—¡Ea! ¡Hacedme el favor de no meteros en mis cosas! *(Pausa. La Sra. Vockerat sigue quitando la mesa. Catalina se levanta.)*

JUAN.—*(A Catalina.)* ¿A dónde vas?

CATALINA.—A preparar el baño del niño. *(Saluda con la cabeza á Ana, sonríe forzada-*

mente, y entra en la alcoba. La Sra. Vockerat después de colocar parte de la vajilla sobre una mesita se dispone á salir, pero de pronto aparece en la puerta det vestíbulo una vendedora de verduras diciendo: «¿Falta algo?»)

SRA. VOCKERAT.—Sí; ya voy. (*Pausa.*)

ESCENA VI

JUAN y ANA.

ANA.—*(Se levanta y trata de arreglar su reloj.)* ¿Qué hora será con toda exactitud? *(Luego dirigiéndose á Juan que estará sentado y cabizbajo.)* ¡Señor doctor! *(Le contempla con astucia, y canturrea suavemente. Ambos ríen. Juan vuelve á quedar pensativo y malhumorado.)*

JUAN.—*(Suspirando.)* ¡Ah! señorita Ana, eso es desgraciadamente más serio de lo que parece.

ANA.—*(Amenazándole con el dedo y ligeramente irónica.)* Pero no se ría usted.

JUAN.—*(Ríe. Luego con seriedad.)* Verdaderamente, usted no sabe lo que se oculta en cada uno de esos ataques de Braun.

ANA.—¿Me ha oído usted ya tocar el piano?

JUAN.—No. Si creí que no sabía usted tocarlo.

ANA.—Es que me chanceaba... ¿Iremos á dar un paseíto con la canoa, esta mañana?

JUAN.—Si quiere que le diga la verdad, no tengo ganas de hacer nada.

ANA.—*(Riñéndole con dulzura.)* ¡Señor doctor! ¡Señor doctor! ¡No hay motivo para desanimarse!

JUAN.—No comprendo que un hombre como Braun...

ANA.—Siempre Braun, y dale con Braun...

¿Tanto le han impresionado á usted sus palabras?

JUAN.—Señorita, es que esas discusiones me traen á la memoria cosas pasadas.

ANA.—Es menester no ocuparse del pasado, pues mientras mire usted por detrás no adelantará ni un paso.

JUAN.—Tiene usted razón. Basta: no hablemos más de ello. Es, no obstante, curioso lo que sucede con esos individuos que á la vuelta de algunos años, y á pesar de su indisputable inteligencia, siguen sosteniendo sus divagaciones. Braun cree de buena fé que mi obra fi osófica es mala. ¿Cómo concibe usted tal rareza?

ANA.—Son muchos que piensan asi.

JUAN.—Según ellos, hay que lanzarse á la pelea, hacer ruído, blasonar de radical, no dejarse casar por la iglesia aún que la novia sea religiosa... En fin, no respetar nada; y si como yo, uno vive entre cuatro paredes para ocuparse de cosas científicas, sus amigos le tendrán por traidor á su causa. ¿No es singular todo eso, señorita?

ANA.—Ay, señor doctor, no conceda usted tanta importancia á lo que digan los amigos. Si los trabajos que usted lleva á cabo le satisfacen, no se preocupe usted en saber si son del gusto de los otros... Estos conflictos nos matan.

JUAN.—¡Oh! no, cuando conviene, no hago caso de nada. ¡Tanto peor para los que no están conmigo! ¡Qué le hemos de hacer! A pesar de todo, no puedo sustraerme á la idea de que fuí educado al lado de mis amigos, y de que me acostumbré á verme apreciado por ellos. De aquí que cuando se nota la falta de tal estima, experimenta

uno el mismo efecto que si la faltase aire para respirar.

ANA.—Pero usted tiene familia, señor doctor.

JUAN.—Sí; es cierto... Es decir... no... Voy á decirla á usted la verdad. Hasta aquí no había manifestado nada á nadie. Ya ha visto usted la paz de mi hogar. Tratándose, empero, de mis trabajos predilectos tengo toda la familia en contra. Catalina me tiene voluntad y á veces me enternece; en todo me dá razón, todo lo alaba, pero sus apreciaciones son ligeras, sin valor alguno... Ante una vida semejante, ¿cómo es posible cobrar ánimo y coraje? Por eso, desde que usted está con nosotros, me siento literalmente en el cielo. Por primera vez, se da el caso que alguien se interesa de todas veras, por mis trabajos y por mi obra: eso me conforta. Es como si la lluvia regara un terreno seco; es como...

ANA.—Va á convertirse usted en poeta, señor doctor.

JUAN.—No estaría mal... Pues si, mi madre tiene un odio feroz á mi humilde manuscrito Si pudiese lo quemaría. A mi buen padre no le es menos antipático... En fin, de mi familia sólo puedo esperar obstáculos y disgustos. Nada de esto me extraña, pero sí que teniendo amigos, ninguno de esos se interese por mis desvelos... Que un hombre como Braun...

ANA. — ¿Y porqué ha de ser precisamente Braun, quien le preocupe á usted más? Es raro.

JUAN.— Sí, Braun .. porque nos conocemos desde la infancia.

ANA.—Mas claro: *usted* le conoce desde la infancia.

JUAN.—Cierto, y él á mi tambien.

ANA.—¿El á usted? ¿De veras?

JUAN.—Hasta cierto punto, si.

ANA.—Me parece que en el fondo, en lo más substancial, difieren ustedes mucho.

JUAN.—Conque, para usted...

ANA.—Braun, es distinto de usted, bajo todos conceptos. No pretendo decir con esto que sea un envidioso, pero sí, que la obstinación de usted en conservar íntegra su individualidad, le irrita, le turba, y hasta le espanta. Braun se ha llenado la cabeza de ciertas concepciones... algo así... ético-sociales, y las defiende, y se agarra á ellas porque no puede andar solo. Lo mismo que otros artistas no será una rigurosa personalidad mientras piense que es hombre. No se atreve avanzar solo; necesita que las muchedumbres le sigan.

JUAN.—¡Ah, si años atrás, cuando casi me aplastaba la opinión de los amigos, me hubiesen dicho esto! Si en aquellos tiempos en que sentía vergüenza de mi mismo, en que me reprochaba por habitar en casa rica, por comer bien, por divertirme... en que evitaba recelosamente cruzarme con los obreros por la calle, en que me latía el corazón al pasar ante las obras que levantaban... ¡Ah! si entonces me hubiesen hablado así!... ¡Tanto como hostigué á mi esposa! Quería darlo todo, para vivir con ella en una pobreza voluntaria. ¡Oh, antes que volver á aquellos tiempos... se lo juro, me enterrarán en el lago! *(Cogiendo el sombrero.)* A pesar de todo, quiero hacer entrar en razón á ese imbécil de Braun. *(Ana contempla á Juan sonriendo con ironía.)* ¿No le parece á usted?

ANA.—Usted sabrá lo que le convenga, puesto que es mayor de edad.

JUAN —Señorita...

ANA.—El corazón, señor doctor, es su mayor enemigo.

JUAN.—Cierto. ¿Vé usted? Al pensar que tal vez se ha disgustado, me pongo nervioso y acabo por sufrir.

ANA.—Y pierde usted su independencia, ¿no es eso? Vaya, no me parece bien.

JUAN.—*(Decidido.)* En efecto, tambien participo de su opinión .. Más, tenga usted por seguro que Braun no entrará jamás en esta casa. Nunca vuelve si antes no le hago una visita de conciliación. ¡No importa! ¡Usted dice bien! Esta vez, no me verá el pelo .. ¡Ea! ¿vamos á embarcarnos y dar un paseo por el estanque?

ANA.—¿No quería usted leerme el capítulo tercero?

JUAN.—Nos llevaremos el manuscrito.

ANA.—Muy bien. Voy á vestirme. *(Vase.)*

ESCENA VII

JUAN y la Señora VOCKERAT.—El primero saca de la biblioteca el manuscrito y cuando empieza á hojearlo, entra la Señora Vockerat por la puerta del vestíbulo, llevando en la mano dos libritos con el corte dorado.

SRA. VOCKERAT.—Con tu permiso, me siento, saco mis lentes, y empiezo mi lectura religiosa matutinal. No voy á la galería, porque me parece que aquí estoy mejor.

JUAN.—Como usted guste. *(Levantando los ojos del manuscrito).* ¿Qué lees mamá?

SRA. VOCKERAT.—Las *Palabras del corazón*, de Lavater. Después leeré los *Ramos de boj*, de Gerok. Este si que vale. ¡Si vieras qué cosas dice á los sabios! *(Enlaza el brazo con*

el de Juan y apoya la cabeza en su pecho.) ¿Y qué hijo mío? ¿Todavía con ideas negras? (*Sonriendo*). Ya eres papá. ¡Papá joven!

JUAN —(*Levantando los ojos y haciéndose el distraído.*) ¿Qué quiere usted decir, mamaita?

SRA VOCKERAT.—Que como te va en tu nuevo papel de padre.

JUAN —Bien. Como siempre. Sin novedad.

SRA. VOCKERAT.—Vamos, no me vengas con comedias. Saltaste como un niño de contento, y ahora... ¿Acaso has cambiado de pensar?

JUAN —(*Distraído*). Pero si estoy contento, muy contento, no lo dude usted, mamá.

SRA. VOCKERAT.—Reparo que constantemente llevas puestos tus mejores vestidos. Estando en el campo podrías usar los viejos. Paréceme que la señorita Ana no se disgustará por eso.

JUAN.—Pero mamá, ¡ya no soy niño!

SRA. VOCKERAT —¡Pronto te enfadas! (*Se abraza á él y con cariñosa insistencia le dice:*) ¡Ten un poco de piedad, hijo mío! ¡Hazlo por tu anciana madre! Ese vejestorio de Haeck l y ese asno de Darwin solo sirven para depravarte... ¿Oyes? ¡Hazlo por tu anciana madre!

JUAN.—(*Levantando los ojos al cielo*). ¡Ah, cándidos! Con vosotros se reproduce la ocasión de decir: «Perdónales, Señor, pues no saben lo que hacen...» ¿Te parece fácil... volverse piadoso?

SRA. VOCKERAT.—(*Yéndose*) Pues claro. No tienes más que quererlo. Pruébalo .. Pruébalo, solamente una vez. (*Vase á la galería, se sienta y lee. Juan vuelve á hojear el manuscrito. Catalina entra con un paquete de cartas.*)

ESCENA VIII

JUAN y CATALINA.

CATALINA.—*(Lee, y luego dirigiéndose á Juan:)* Juan, ahí tienes una carta del banquero

JUAN.—No me molestes, Catalina; ahora no puedo ocuparme en eso.

CATALINA.—Pregunta si puede vender.

JUAN.—¡Por el amor de Dios, no me importunes!

CATALINA.—Pero Juan, es urgente.

JUAN.—*(Con violencia)* ¡Ahí! *(Con el índice golpea el manuscrito nerviosamente).* Mis asuntos urgen más.

CATALINA.—Por mí, lo mismo dá; pero mañana no habrá ni un céntimo en casa.

JUAN.—*(Irritado).* Está visto, Catalina, no hay medio de entendernos. Y luego os extrañáis de no verme sosegado. ¡Cómo es posible, si cuando mis ideas están casi coordinadas vienes tú y las destruyes brutalmente!

CATALINA.—No tanto. Acaba de llegar el cartero y te lo vengo á decir con humildad.

JUAN.—Cierto: esto prueba la ausencia absoluta de inteligencia. ¡Como si mi obra fuese la de un zapatero! Viene el cartero y me lo dices con humildad. ¡Bravo! Es natural, pero tú no piensas ni concibes, que este simple hecho rompe un orden de ideas enlazadas con esfuerzo y trabajos sin cuento.

CATALINA.—Lo cual no impide que nos ocupemos de las cosas prácticas.

JUAN.—Pero repetidas veces te he dicho: «Mi trabajo antes que lo demás.» Luego podrán entrar en cuenta, si tú quieres, las cosas prácticas. ¡Trata de comprenderlo de una vez, Catalina! ¡Ayúdame un poco! O á

lo menos, no me hables de cosas prácticas: arréglatelas como puedas. ¡Basta ya de tantas fatigas!

CATALINA.—Yo no cargo con las responsabilidades, Juan.

JUAN.—Esa es buena, ¡sobre todo nada de responsabilidades! ¡nada de iniciativas propias¡ ¿No podréis moveros sin un director? ¿Será necesario poneros en tutela?

CATALINA.—*(Dándole la carta).* Vamos á ver Juan, dime lo que hay que hacer.

JUAN.—En este instante no puedo.

CATALINA —Entonces, ¿cuándo nos ocuparemos de ello? Supongo que no te gustará resolverlo delante de la señorita

JUAN.—Ahí tienes otra mezquindad. No sé por qué esas cosas... ¡Pardiez! ¿por qué las cuestiones de dinero deben tratarse con sigilo y misterio? Resulta altamente ridículo. No sé, pero algunas veces nos mostramos con una estrechez de miras...

CATALINA —Estaría bueno que nos ocupásemos de esto en presencia de la señorita.

JUAN.—Dale con la señorita. Déjala en paz á la señorita Ana; ella no molesta á nadie.

CATALINA —Tampoco he dicho que nos molestase, pero no puede interesarle nuestra situación.

JUAN —¡Ah, Catalina, que obcecación la tuya! Siempre la cuestión del dinero, siempre la misma ansiedad, como si al día siguiente hubiésemos de morirnos todos de hambre. ¡Es terrible! Diríase que en tu cerebro y en tu corazón no más cabe el dinero ¡Y luego dirán que la mujer es ideal! ¿Qué resta digno de amar en ella?

CATALINA.—Por mí, no hay para qué inquietarse; pero Felipe, ¿qué será de Felipe si...? ¿No dijiste tú mismo que no hay que con-

tar con ningún sueldo profesiónal? Confiesa, pues, que debemos peocuparnos por más que nos pese.

JUAN.—Conforme. Tú debes cuidar los intereses del hogar, y yo los intereses generales... Además, no soy padre de familia por completo: falta lo esencial, falta que yo manifieste lo que hay en mí... Soy como un Pegaso domesticado, y eso me matará.

CATALINA — Por Dios, no digas eso Juan. Me haces sufrir.

JUAN —Ana, tiene razón: la cocina y el cuarto de los niños, encierran vuestro horizonte. Fuera de esto, nada más existe pora la mujer alemana

CATALINA.—No obstante, alguien debe disponer la comida y cuidar las criaturas. La señorita prescinde de esto. También á mí me gustaría más leer libros.

JUAN —Vamos Catalina, no te rebajes... Tu concepto respecto de la señorita Ana...

CATALINA.—Pues si ella ha dicho eso.

JUAN.—¿Qué?

CATALINA.—Cosas tontas, refiriéndose á la mujer alemana.

JUAN.—Ella no dice tonterías: al contrario, para desvanecer tu error, te explicaría los elogios que te ha dedicado sino temiera avergonzarte.

CATALINA —Tú mismo confiesas que ha empequeñecido nuestro horizonte.

JUAN.—Supongamos que no sea tanto.

CATALINA.—*(Llorando y con pasión)* No, Juan, no: podrás ser bueno, pero á veces . á veces, eres tan frío, tan duro, tan cruel...

JUAN —*(Algo más sosegado)*. ¿Yo cruel? ¿En qué? Di, Catalina.

CATALINA.—*(Llorando)*. Tú me torturas, bien sabes por qué.

JUAN.—¿Qué es ello? ¿Qué es lo que sé?

CATALINA.—Sabes que no estoy satisfecha de mí misma... me siento pobre... Tú lo sabes, y así y todo, no te doy lástima ni nada me perdonas.

JUAN.—¿Cómo, Catalina?

CATALINA.—Sí, en vez de mostrarte amable conmigo, de darme ánimos y de librarme de mis preocupaciones, me rebajas á cada instante y siempre me humillas. ¡Dios mío! no es que me haga ilusiones acerca el alcance de mi horizonte, pero tanto como no ser capaz de experimentar ninguna sensación... Ya sé que no soy un gran talento... y además también sé que sobro en esta casa.

JUAN.—(*Quiere coger de la mano á Catalina, pero ella le repele*). Tú no sobras; jamás dije esto.

CATALINA.—Es como si lo hubieses dicho. Y si no lo dijistes... así lo siento yo... En nada puedo serte útil, pues tus trabajos no los entiendo. Y en cuanto á nuestro hijo, verdad que se le nutre y se le tiene limpio,... pero una nodriza te hará lo mismo. Y después... después, cuando ya no haga falta... (*Llorando más fuerte.*) podrás acogerte al cariño de la señorita Ana.

JUAN.—Cálmate, linda mía,..

CATALINA.—Lo que digo es la pura verdad. Ella sabe mucho y nosotras somos seres inútiles, paralíticos. ¡Cómo es posible ayudar si ni sabemos ..!

JUAN.—(*Tratando de abrazar á Catalina*). Catalina mía; corazón de oro, corazon delicado, criatura preciosa... alma de leyenda... ¡Oh simpática... (*Catalina le rechaza*). Llámame infame si yo...! A veces soy malvado y brutal, lo sé. ¡No soy digno de tí, amada Catalina!

CATALINA.—No, no, Juan. Ahora dices eso, porque...

JUAN.—Te lo juro, Catalina. Sea yo un miserable sí...

CATALINA. — Déjame Juan: necesito soledad. ¿Y la carta?

JUAN.—Corderito mío, ¿por qué quieres estar sola?

CATALINA.—¡Tantas emociones me abruman! Déjame, déjame.

JUAN —(*Con pasión*). Venga pues la carta, mujercita mía.

CATALINA —(*Rechazándole*). No, Juan, no.

JUAN.—¿Qué tienes? Dí.

CATALINA. — Vamos á ver, Juan: mira. (*Le tiende la carta*) Pregunta si debe vender.

JUAN.—¿Vender qué?

CATALINA —Las acciones de la filatura.

JUAN.—¿Conque no bastan los intereses?

CATALINA.—¿En qué piensas? Este mes van ya gastados más de mil marcos.

JUAN.—Pero Catalina, esto no es posible. ¿Será que gastáis sin ton ni son?

CATALINA.—Todo está apuntado.

JUAN.—No concibo... no comprendo...

CATALINA.—Es que das demasiado, Juan. Y, naturalmente el capital viene á menos... En resumen, ¿vende?

JUAN.—Bueno, conformes... Espera... ¡Bah! no tiene importancia... ¿Dónde vas?

CATALINA.—A escribir la respuesta.

JUAN.—¡Catalina!

CATALINA.—(*Al llegar á la puerta, vuelve la cabeza.*) ¿Qué hay?

JUAN.—¿Te vas, eh?

CATALINA.—Ya ves.

JUAN.—Tampoco sé...

CATALINA.—En fin, ¿qué quieres?

JUAN.—Catalina mía, no sé que te pasa.

CATALINA.—Nada, Juan. De veras; nada.

JUAN.—¿Me aborreces pues? *(Catalina acongojada, mueve negativamente la cabeza. Juan la abraza por la cintura.)* ¿Ya no te acuerdas, Catalina, de nuestros convenios? Nada de secretos entre nosotros, dijimos, ni el más mínimo. *(Estrechándola más.)* Dime algo... ¿No me amas ya, Catalinita?

CATALINA —Ay, Juan: ya lo sabes.

JUAN.—Pero ¿qué tienes?

CATALINA —Ya lo sabes.

JUAN —¿Pero qué? Si no sé nada... Si ni tengo idea...

CATALINA.—Quisiera ser algo para tí.

JUAN.—No solo eres algo, sino mucho para mí.

CATALINA.—No, no.

JUAN.—Pues, dime...

CATALINA.—Tú no tienes la culpa, Juan... pero no necesitas de mí.

JUAN.—Si que necesito. Te necesito en absoluto.

CATALINA.—Lo dices por decir.

JUAN.—Es que tengo el convencimiento.

CATALINA.—Si, en este instante.

JUAN.—¿Porqué piensas eso?

CATALINA.—Porque veo claro.

JUAN.—Vamos á ver... ¿Te dí el mas leve motivo de...?

CATALINA —No, eso no.

JUAN.—Pues, ya ves. *(La abraza cariñosamente.)* Sólo son quimeras dañinas y feas manías que hay que desvanecer... Ven, Catalina, ven. *(Vuelve á abrazarla.)*

CATALINA.—¡Oh, si solo fuesen quimeras!

JUAN.—No lo dudes, Catalina.

CATALINA.—Yo también te amo, Juan. Te amo tanto, que no tengo palabras para expresarlo. Estoy por decir, que preferiría per-

der á nuestro Felipe antes que perderte á tí.

JUAN.—¿Qué oigo, Catalina?

CATALINA.—¡Dios me perdone! ¡El lindo hombrecito! *(Abrazando á Juan.)* ¡Oh, amado mio, yo te adoro! *(Juan y Catalina quedan abrazados. Ana, dispuesta para el paseo por el estanque, aparece en la galería.)*

ESCENA IX

Dichos y ANA.

ANA.—*(Asomándose á la puerta.)* ¡Señor doctor!... ¡Oh, ustedes dispensen! *(Se retira.)*

JUAN.— Voy enseguida, señorita. *(Recoge el manuscrito)* Daremos una vuelta en canoa por el estanque. Y, fuera quimeras ¿eh?... ¿Me lo prometes? *(Abraza á Catalina; coge el sombrero y se detiene.)* ¿Quieres venir con nosotros, Catalina?

CATALINA.—Tengo que hacer, Juan.

JUAN.—Pues hasta luego. *(Vase.—Catalina le sigue con los ojos cual si viera desvanecerse una hermosa aparición. Después, rompe á llorar.)*

TELON

ACTO TERCERO

La misma decoración.

ESCENA PRIMERA

CATALINA y BRAUN.—Son las diez de la mañana y arde todavía el quinqué.—Catalina sentada, repasa sus cuentas; luego, se levanta y escucha. Fuera, en la galería, alguien se limpia el barro de los pies.—Catalina espera ansiosa.—Entra Braun.

CATALINA.—*(Adelantándose).* ¡Oh, que bien ha hecho usted en venir!

BRAUN.—Buenos días. ¡Uf, qué niebla tan espesa!

CATALINA.—Lo que es por hoy, no veremos al sol. Venga usted acá: la estufa está encendida.—¿Le pasó á usted recado la señora Lehmann?

BRAUN.—Si señora, vino á verme ella misma.

CATALINA.—*(Agitada y nerviosa).* Aguarde usted: voy por cigarros.

BRAUN.—No se moleste usted. *(Corre, se le adelanta y coge una caja de cigarros que hay encima de la biblioteca.)*

CATALINA.—Y ahora, fume usted como si estuviera en su casa.

BRAUN.—*(Mirando á Catalina).* No pensaba en fumar.

CATALINA.—Hágalo usted por mí. El olor del tabaco me extasía.

BRAUN.—Si es así... *(Enciende el cigarro).*

CATALINA.—Considérese siempre en su casa. Y á propósito, mal amigo, ¿por qué ha dejado usted de venir, hace más de una semana?

BRAUN.—Creí que Juan no me hecharía de menos.

CATALINA.—¿Qué motivos le inducen á usted á creerlo?

BRAUN.—Pues, con una amiga como la señorita Ana...

CATALINA.—¿Por qué dice usted semejantes cosas?

BRAUN.—Poco le importan ya los amigos á Juan.

CATALINA.—Usted conoce sus arrebatos: al sosegarse vuelve á ser el mismo de siempre.

BRAUN.—Ya sé yo, lo que ahora le empuja á este desvío... Por lo demás, la señorita podrá ser una persona inteligente, pero eso no quita que sea terca y egoista, y haga caso omiso de las personas cuando se propone realizar algún plan. A mí me teme, porque sabe que no me convencerá jamás.

CATALINA.—Pero,¿qué plan puede ser el suyo?

BRAUN.—Ana necesita á Juan, no sé para qué. Yo no le soy simpático, y mi amistad con ustedes le molesta.

CATALINA.—Pues, nada noto de todo eso.

BRAUN.—*(Levántandose).* Basta: hablaré claro. Si me separé de esta casa fué porque así lo deseaba Juan. Si estorbo, me marcho enseguida.

CATALINA. — *(Repentinamente).* Ana, partirá hoy mismo.

BRAUN.—¿Qué oigo? ¿Será esto verdad?

CATALINA.—Sí. Por eso quería hablar con usted. Considere, señor Braun, lo terrible del

caso si de repente Juan se quedase solo. Será menester que nos visite usted á menudo, y eche en olvido el escándalo del otro día.

BRAUN.—No me curo con facilidad, pero procuraré...

CATALINA —Vamos, quédese usted aquí y no se mueva en todo el dia.

BRAUN.—Prefiero volver.

CATALINA.—Espere á lo menos, hasta que ella se despida... Ya verá usted que alegres viviremos. ¡Ah, que hogar tan feliz el nuestro! ¡Que invierno tan tranquilo y divertido vamos á pasar! Ahora si que comprendo bien las cosas. Algo más tenía que decirle. No recuerdo... ¡Ah! Quisiera ganarme algún dinerillo... De veras lo digo, de veras. ¿Acaso no estamos aquí para el trabajo las mujeres?

BRAUN.—¿De dónde le ha venido á usted, tan repentina idea?

CATALINA.—¿Por qué no? Sería una distracción para mí.

BRAUN.—¡Ganar dinero! Cuesta poco decirlo.

CATALINA.—Por ejemplo, pintando sobre porcelana. El servicio que ve usted ahí es obra mía. Y si esto no me daba lo bastante podría dedicarme á bordar.

BRAUN.—Usted habla en broma ¿no es cierto?

CATALINA.—¿Quien sabe?

BRAUN.—Si no me dá usted una explicación más clara, no sabré qué pensar...

CATALINA.—(*Vacilando*). ¡Si usted fuese reservado...! En fin; se presentan necesidades de improviso, y como que no todos servimos para calcular y afrontarlas.

BRAUN.—Sobre todo Juan.

CATALINA.—Ciertamente; hay que cuidar una porción de cosas... procurar que nada falte.

BRAUN.—¿Piensa usted ganar para todo? ¡Bah, tiempo perdido! ¡Castillos en el aire!

CATALINA.—Tal vez consiga cuatro cientos thalers por año.

BRAUN.—¿Cuatro cientos? Lo dudo. ¿Y por qué precisamente tal cantidad?

CATALINA.—Porque la necesitaré.

BRAUN.—¿Se abusa una vez más de la inagotable bondad de Juan?

CATALINA.—No señor.

BRAUN.—¿Se quiere favorecer á la señorita Ana?

CATALINA.—No señor, nada de eso ¿A qué tales pensamientos? ¿De dónde le vienen á nsted esas ideas? Nada sabrá usted, ni lo más mínimo.

BRAUN—(*Cogiendo el sombrero*). Pues, no puedo ayudar, ni dar mi opinión sobre el caso.

CATALINA.—Está bien: no se ocupe usted más de ello. De todos modos, vuelva usted.

BRAUN.—(*Saliendo*) Muchas gracias; será usted obedecida. ¿Persiste usted en su idea? ¿Hay que tomar en serio lo dicho por nsted?

CATALINA.—(*Quiere reir pero no puede. Rompe á llorar*). Es pura broma: quería chancearme. (*Medio en broma. medio en serio, le hace signos de partir.*) Vaya usted. No -se moleste más. (*No pudiendo dominar por más tiempo su emoción se retira en la alcoba. Braun sale pensativo*).

ESCENA II

Señora VOCKERAT y CATALINA. La primera con un lebrillo lleno de patatas se sienta á la mesa y empieza á monderlas. Catalina vuelve, y se sienta para ocuparse de sus cuentas.

SRA. VOCKERAT.—(*Echando habichuelas en el lebrillo.*) Por fin, la tranquilidad de la fa-

milia está próxima á volver. Ya era hora. ¿No es cierto, Catalina?

CATALINA.—Un instante, mamá: acabo de ordenar estas cuentas.

SRA. VOCKERAT.—Acaba; no te molestaré. ¿A donde irá?

CATALINA.—A Zurich.

SRA. VOCKERAT — Bien pensado. Allá estará más á sus anchas.

CATALINA.—¿Porqué dices eso, mamá? Creí que te era simpática.

SRA. VOCKERAT.—No, no me gusta nada: es demasiado *moderna* para mí.

CATALINA.—Repare usted...

SRA. VOCKERAT.—¡Eh! ¿Qué significan tantas rarezas? ¿Qué se dirá de una señorita que se pasea tres días con la manga estropeada?

ESCENA III

Dichas, JUAN entrando por la galeria, el sombrero puesto, y encaminándose precipitadamente hacia su despacho.

CATALINA.—¡Juan!

JUAN.—¿Qué hay?

CATALINA.—¿Te acompañaré á la estación?

JUAN.—*(Encogiéndose de espaldas.)* Haz lo que quieras. *(Entra en su despacho.—Pausa.)*

ESCENA IV

Sra. VOCKERAT y CATALINA.

SRA. VOCKERAT.—¿Sigue la marea todavía? (*Levantándose.*) ¡Basta! Tiempo es ya de que la tranquilidad renazca. La vecindad no cesa de ocuparse...

CATALINA.—¿De qué?

SRA. VOCKERAT.—Así me lo han dicho, y así lo cuento... Y además nos cuesta dinero.

CATALINA.—Calma, mamá. La comida de una persona más no ha de causarnos gran perjuicio.

SRA VOCKERAT.—Las miajas valen algo, Catalina.

ESCENA V

Dichas, JUAN que se sienta, cruza las piernas y hojea un libro.

JUAN.—¡Qué funcionarios más insolentes! Ese jefe de estación es un borracho incurable. Y además, un grosero, un estúpido... ¡Ah!

CATALINA.—No te enfades tanto, Juan. ¿A qué hora sale el tren?

JUAN.—Y á todo esto, viva usted en un hoyo asqueroso. *(Cierra el libro con violencia y se levanta de un salto.)* Se acabó: no quiero habitar más en esta casa.

SRA. VOCKERAT.—Pero, hijo mío, piensa que firmaste contrato por cuatro años

JUAN —¿Y porqué, fatalmente cometí la tontería de firmar el alquiler de cuatro años, debo morirme de aburrimiento aquí?

SRA. VOCKERAT.— Siempre hablas de irte al campo, y apenas estás instalado, ya te aburres.

JUAN.—Los campos de Suiza son más hermosos.

SRA. VOCKERAT.—¿Y el niño? ¿Qué pensáis de él? ¿Quereis llevarlo á través del mundo en tan largas jornadas?

JUAN.—El aire de Suiza es más sano, y á Felipe le convendrá.

SRA. VOCKERAT.—Decididamente, hijo mio, algún día vas á partir por la luna. En fin, obrad como os dé la gana: no teneis para qué preocuparos de una anciana que solo os estorba. *(Vase por el vestíbulo.—Pausa.)*

ESCENA VI

JUAN y CATALINA.

JUAN.—*(Suspirando.)* Hijos míos, os prevengo que vayais con cuidado.

CATALINA.—¿Cómo se te ha ocurrido esta idea de irte á Suiza?

JUAN.—Eso es: hazte ahora la melindrosa. *(Imitándola.)* ¿Cómo se te ha ocurrido esta idea de irte á Suiza? Ya sabes que te conozco. Buscas muchos rodeos, en vez de ir directamente á tu objeto, pero adivino los girones escondidos de tu alma. ¿Y qué? Te concedo la razón. Sí; mi gusto es acompañar á Ana donde quiera que vaya. Nada tiene eso de extraño, y por consiguiente, ¿á qué no decirlo?

CATALINA.—Vaya Juan, hoy estás hecho un majadero. Valdrá más que te deje.

JUAN.—*(Irritado.)* Y valdrá más que me vaya. *(Pasa á la galería.)*

CATALINA.—*(Suspirando y moviendo la cabeza.)* ¡Oh, Dios mío!... ¡Dios mío!

ESCENA VII

CATALINA y ANA.

ANA.—*(Dejando el sombrero, la maleta y el abrigo encima de una silla.)* Ya estoy dispuesta. *(Dirigiéndose á Catalina.)* ¿Me sobra mucho tiempo?

CATALINA.—Tres cuartos de hora, más bien más que menos.

ANA.—*(Cogiendo de la mano á Catalina.)* ¡Oh, cuan feliz he sido en vuestra casa!

CATALINA.—El tiempo pasa muy velozmente.

ANA.—En cuanto llegue á Zurich, á la tarea

de firme A trabajar: no quiero pensar más que en trabajar.

CATALINA.—¿Quieres tomar alguna cosa?

ANA.—Gracias: no me hables de comer. (*Corta pausa.*) Lo que me trae mohina son esas malditas visitas de regreso... las amistades... las consabidas preguntas... Brr... ¡Es terrible pensarlo! (*Tirita como si tuviese frío.*) ¿Me escribirás de vez en cuando?

CATALINA —Ocurren pocas novedades en casa. De todas maneras, corresponderé á tu deseo.

ANA.—¿Quieres regalarme tu retrato?

CATALINA.—Con mucho gusto. (*Busca en un cajón.*) Te advierto que data de algunos años.

ANA.—(*Dándole un sopapo y en tono lastimoso.*) ¡Ay amiga, tu cuello es muy enjuto!

CATALINA.—(*Que sigue removiendo el cajón, se vuelve y dice con melancólica ironía.*) ¡Tampoco ha de sostener una gran inteligencia! Ya le tengo (*Alarga una fotografía á Ana.*)

ANA.—¡Linda! ¡De todas veras, muy linda! ¿Y de tu marido, guardas alguno? ¡Me habeis sido tan simpáticos!

CATALINA.—No sé

ANA.—¡Ay, amiga Catalina! Búscalo, por favor, búscalo ¿Tendrás alguno, eh?

CALALINA —Aquí está.

ANA.—¿Es para mí? ¿Me lo das?

CATALINA.— Tómalo, Ana. (*Ana guarda con rapidez la fotografía en el bolsillo.*)

ANA.—Y ahora, ¡oh! ya la preveo, pronto me olvidareis! ¡Ay, Catalina! (*Llora y la abraza.*) ¡Mi muy amada amiga!

CATALINA.—No temas, Ana: siempre me acordaré de tí.

ANA.—¿Y me querrás siempre?

CATALINA.—Si, Ana, si.

ANA.—Es que me parece que *solamente* me tienes amistad y no amor.

CATALINA.—¿Como se entiende, *solamente*?

ANA.—Vaya, con franqueza, ¿no deseabas que llegase este día, Catalina? ¿No experimentas alegría al verme partir?

CATALINA.—¿Qué pretendes demostrar, con tales razones?

ANA.—Qué bajo todos conceptos. es bueno que yo me vaya. La madre de Juan, tampoco me mira con buenos ojos.

CATALINA.—Eso sí que no lo creo.

ANA.—Pues, puedes creerlo. *(Se sienta cerca de la mesa.)* En fin, no nos ocupemos de eso. *(Saca, distraidamente el retrato de Juan, y lo contempla largo rato.)* ¡Qué arruga tan pronunciada se le dibuja al extremo de los labios!

CATALINA.—¿A quién?

ANA.—A Juan. Una arruga de amargura, de sufrimiento... efecto de la soledad. Aquel que se aisla, padece por su familia. ¿Como os conocisteis?

CATALINA.—Era...

ANA.—Era estudiante, ¿no es eso?

CATALINA.—Cabal.

ANA.—Y como eres todavía una niña, dijiste, ¡sí!

CATALINA.—*(Turbada)*. Verás, yo...

ANA.—*(Cambiando de tono)*. ¡Ay, amiga Catalina! *(Vuelve el retrato al bolsillo y se levanta)*. ¿Llegó la hora?

CATALINA.—No, todavia falta un buen rato.

ANA.—¡Oh. un buen rato! ¡Qué alegría! ¡Un buen rato! *(Se sienta enfrente del piano.)* ¿Tocas el piano? *(Catalina dice que no con la cabeza)*. ¿Tampoco cantas? *(Lo mismo)*. Y Juan, ¿es aficionado á la música? ¿No? Pues, yo me divertí mucho cantando y to-

cando el piano en otros tiempos. Ahora sí que no me ocupo en nada de eso. *(Levantándose bruscamente)* ¡Es igual! La felicidad pue tuvimos nadie puede arrebatarnosla. Hay que coger el tiempo cuando pasa y luego resignarse, tendiendo un velo á las preocupaciones del día ¿No está bien así, Catalina?

CATALINA.—¡Qué sé yo!

ANA.—¿Acaso no es por todos conceptos delicioso lo que exhala un grato perfume?

CATALINA.—Es posible.

ANA.—Así es, no cabe duda. ¡Oh, libertad, libertad! ¡La libertad absoluta es necesaria! Ni patria, ni familia, ni amigos; nada debe esclavizarnos.—¿Llegó ya la hora?

CATALINA.—Todavia no. (*Breve pausa*).

ANA —Me voy á Zurich antes de tiempo. Por lo menos me sobrarán ocho días.

CATALINA.—No comprendo.

ANA.—Como que no podré empezar mis trabajos enseguida. *(Abraza bruscamente á Catalina sollozando)*. ¡Ay. Dios mío! ¡La angustia y el dolor destrozan mi corazón!

CATALINA —¡Pobre Ana!

ANA.—*(Desasiéndose bruscamente)*. Debo partir, y enseguida. (*Pausa)*

CATALINA.—Ana, puesto que te vas, quisiera pedirte un consejo.

ANA.—*(Tristemente y con sonrisa lastimosa)*. ¡Mi querida Catalina!

CATALINA.—Puesto que tú has sabido... ó mejor dicho, has ejercido tanta influencia en el carácter de Juan.

ANA.—¿De veras?

CATALINA.—Sí Ana. Es más: tu influencia se ha extendido hasta mí. Te debo agradecer muy buenas cosas y por eso confío en que... Vamos, aconséjame, Ana.

ANA.—No puedo, ni sé que decirte; me dá miedo aconsejarte.

CATALINA.—¿Miedo dices?

ANA.—¡Te quiero mucho, quizás demasiado, Catalina!

CATALINA.—Y yo, ¿no puedo hacer nada por tí, Ana?

ANA.—No: nada puedes.

CATALINA.—¡Mira que tal vez sé lo que te hace sufrir!

ANA.—Tonta, ¿de qué quieres que sufra yo?

CATALINA.—Podría decírtelo, pero...

ANA.—Tra, la, la. ¿De qué? Vamos á ver. ¡Vaya! ¡vaya! del mismo modo que vine me voy: pensad que no estuve aquí jamás.., Mira el sol como luce. ¡Qué hermoso es!... ¿Quieres venirte conmigo á dar un paseo de despedida?... Por lo demás, piensa que hay centenares y miliares de seres más desgraciados que vosotros.:. ¡Ah! me olvidaba! Tengo que escribir cuatro letras.

CATALINA.—Puedes hacerlo aquí. *(Le deja puesto en la mesa).* O si quieres... en el cuarto de Juan. Allá hay pluma y tintero. Ahora no está; puedes entrar Ana. *(Deja pasar á Ana.—Pausa.)*

ESCENA VIII

JUAN y CATALINA.

JUAN.—*(Entrando por la galería muy agitado).* Vuelve á llover. Debimos haber encargado un carruaje.

CATALINA.—Ya es tarde.

JUAN.—Desgraciadamente.

CATALINA.—Ha venido Braun.

JUAN.—Nada me importa. ¿Qué dijo?

CATALINA.—Volverá y seréis otra vez amigos.

JUAN.—*(Sonriendo).* ¡Escudriñador! ¿Así quiere convencerme?... ¡Bueno! ¡Pronto! Todavia hay tiempo...

CATALINA.—No habrá necesidad de coche, Juan, pues la estación está muy cerca.

JUAN.—Pero hay tanto barro que no puede darse un paso Para viajar el tiempo está pésimo.

CATALINA.—Una vez en su compartimiento...

JUAN.—Que hay que suponer atiborrado de gente, en tercera, y con los pies mojados.

CATALINA.—Probablemente ocupará un coche para señoras solas.

JUAN.—Procúrale el folgo, á lo menos.

CATALINA —Eso es: dices bien. Ya se me había ocurrido.

JUAN.—Este viaje es precipitado. *(Catalina no responde.)* Ana, podría quedarse algunos días más. *(Pausa.)*

CATALINA.—¿Le has propuesto...?

JUAN.—*(Con vehemencia.)* Si. Puesto que ni tú ni mamá le dijisteis nada, y habiéndolo ella notado, lo hice yo.

CATALINA.—A pesar de todo, no creo Juan...

JUAN.—Tú dirás si ha de ser del agrado de un forastero, que, quien debe agasajarlo, se le muestre mudo como un pez cual haceis vosotras. ¿No es del caso que desee marcharse cuanto antes? Además, dejarla partir con un tiempo tan revuelto y lluvioso, me dá pena.

CATALINA.—*(Con ternura.)* Vamos Juan, no mires las cosas á través de vidrios tan ahumados ni pienses ningún mal de mí. Tienes razón: que se quede todo el tiempo que quiera.

JUAN.—En vosotras hay falta de sentimientos delicados: estáis ciegas. Todos vuestros respetos han consistido en algunas afectuo-

sas palabras de despedida. Ni más ni menos que si le arrimaseis su maleta á la puerta diciéndola: «Anda, has molestado bastante. Vete donde quieras, á través de los montes, lejos, muy lejos, y cuando encuentres el mar, nada si puedes.» Esa es vuestra actitud.

CATALINA —No tanto, Juan: hemos asegurado su porvenir por algún tiempo.

JUAN.—¿Sabes tú si ella lo aceptará? Y aunque así sea, no es lo suficiente: un corazón desengañado no se vuelve á recuperar con dinero.

CATALINA.—Pero ten en cuenta Juan, que un dia ú otro debe irse.

JUAN.—Esa es la corriente vulgar, Catalina. Ha vivido con nosotros, ha sido nuestra compañera, es nuestra amiga, y ahora el vulgo dice: «Debeis separaros». No comprendo porque esa maldita falta de sentido común ha de entrometerse en nuestras costumbres, malbaratando la existencia.

CATALINA.—¿Querrás guardarla mucho tiempo?

JUAN.—Nada pretendo en concreto. Solamente quiero hacer constar, que nuestra manera de ver, es tan pobre y limitada como la del vulgo. Pero, téngalo por sabido, si de mi dependiese, si no me atasen seriamente una porción de consideraciones, sería muy distinto de lo que soy, y podeis estar seguros que observaría con virilidad una actitud correcta é independiente.

CATALINA.—En tal caso, téngalo tambien por sabido Juan, mi presencia en este hogar resultaría supérflua.

JUAN.—No comprendo el alcance de tus palabras.

CATALINA.—Pues, que yo ya no te soy necesaria.

JUAN.—¡Dios del cielo! ¡No tal! ¡Eso me faltaba! Considera, Catalina, que mis nervios no son de hierro: no puedo con carga tan pesada. *(Vase al jardín.)*

ESCENA IX

Señora VOCKERAT y CATALINA.

SRA. VOCKERAT.—*(Con una taza de caldo que deja sobre la mesa.)* Para la señorita.

CATALINA.—*(Sollozando se abalanza hacia la Sra. Vockerat y la abraza desesperada.)* ¡Ay, mamá, mamá! Quiero irme, lejos, muy lejos de esta casa, lejos de vosotros. Harto he sufrido: no puedo más.

SRA. VOCKERAT.—Pero, por el amor de Dios, hija mía, ¿qué dices? ¿Quien te ha...?

CATALINA.—*(Desesperada.)* No, yo valgo algo todavía; mucho más de lo que merece un trato semejante. No quiero; no lo soportaré jamás. Me voy en seguida; quiero embarcarme para América ó Inglaterra; cualquier parte con tal de irme á donde no me conozca nadie.

SRA. VOCKERAT.—¿Qué dices, hija mía? ¡En América! ¡Dios de misericordia! ¿Quién te ha embrujado? ¿Abandonarías á tu marido y á tu hijo? ¿Felipe, se quedaría sin madre? ¡Eso no puede ser!

CATALINA.—¿Ha dicho usted *madre,* eh? Pues, sepa usted que su madre es un ser estúpido é ignorante. ¿De qué le ha de servir un ser tan estúpido é ignorante como yo? Ahora sé hasta donde llegan mis pobres alcances. Todos los días me lo echan en cara,

y han acabado por convertirme en necia y despreciable en grado tal, que me doy asco á mi misma. ¡Basta! ¡Quiero marcharme!

SRA. VOCKERAT. — Piénsalo bien, Catalina... ¿Qué sería de tí, separada de tu marido y de tu hijo? ¡Por el amor de Dios y de Jesús...!

CATALINA.—¿He participado, alguna vez, de sus pensamientos ni de sus actos? Primeramente participaron los amigos y ahora participa Ana. Conmigo nunca se mostró alegre y cariñoso... ¡Maldita sea la vida! ¡Quiero acabar de una vez con esta terrible existencia!

SRA. VOCKERAT.—(*Como herida de pronto por una revelacion, los ojos fijos y radiantes.*) ¡Ah! ¿Lo veis? ¿Lo veis, ahora? (*Moviendo el brazo.*) ¿Habeis visto, lo que os dije? Lo repito: una casa en la que no se respeta á Dios se viene abajo de la noche á la mañana. ¡Ya lo veis, y bien claro! ¿Que os dije yo? Primeramente atea, luego adúltera, y después... ¡Ay, Catalina!

CATALINA.—(*Desfalleciendo.*) No, mamá, no...

SRA. VOCKERAT.—Vamos, Catalina, disimula, que oigo pasos de alguien. Ven. (*Entran en la alcoba. Juan, sale por la galería.*)

ESCENA X

JUAN y la Señora VOCKERAT.

SRA. VOCKERAT.—(*Asomándose.*) ¡Ah! ¿eres tú, Juan? (*Sale de la alcoba, esforzándose en disimular su emoción, yendo de aquí para allá como si buscase algo.*) ¿Juan?

JUAN.—¿Qué hay de nuevo, mamá?

SRA. VOCKERAT.—Nada. (*Repara que Juan le lanza una mirada interrogatora.*) ¿A qué te refieres?

JUAN.—Nada, creía que... Es decir... no me gusta que me mireis así.

SRA. VOCKERAT.—¡Ay, chico! ¡Qué adusto eres para mí! ¡Qué raro te vuelves! Afortunadamente, el invierno está próximo, y entonces podrás gozar del reposo, que es lo que más necesitas.

JUAN —Ciertamente: vosotras sabeis mejor que yo lo que me conviene.

SRA. VOCKERAT.—Catalina tampoco está bien.

JUAN.—No será por el trabajo que le haya ocasionado Ana.

SRA. VOCKERAT.—No digo eso. Advierte que me hago vieja y por más que quiera ayudar en las faenas, los huesos se niegan á obedecerme.

JUAN.—Cien veces te he dicho, mamá, que no tienes necesidad de fatigarte tanto, pues tenemos criados suficientes para todo.

SRA. VOCKERAT. — Pero esa señorita, deberá proseguir sus tareas un día ú otro.

JUAN.—Eso es cuenta suya.

SRA. VOCKERAT.—La cual, yo no comprendo. Todo debe tener un término, y para ella ha llegado el de habitar con nosotros. ¡Bastante tiempo la hemos aguantado!

JUAN.—Después de todo, ¿qué pretendes, mamá? Me parece tan extraño lo que dices, que... No concibo...

SRA. VOCKERAT. —¿Te atreverás á proponer que la Mahr continúe habitando esta casa?

JUAN.—Y si lo hiciera, ¿qué? ¿Qué tendrías que objetar á eso?

SRA. VOCKERAT.—*(Amenazándole con el dedo.)* ¡Mira Juan!

JUAN.—Vamos, mamá, no estás en lo justo. Parece como si se tratase de cometer un crímen.

SRA. VOCKERAT.—*(Maternalmente).* Escucha,

hijo. Sosiégate. Escúchame un instante con atención. Ya sabes que soy tu madre, que quiero tu bien, y que deseo tu dicha como nadie. Reconozco que eres bueno y leal, pero piensa, Juan, que somos seres delicados y que Catalina tiene motivos para estar celosa.

JUAN.—*(Riendo).* Permítame, mamá, que me ría. No puedo evitarlo. Ja, ja, ja. ¡Y qué grotesco! ¡Qué ridículo!

SRA. VOCKERAT. — ¡Muchacho! ¡Muchacho! Algunos más fuertes que tú cayeron en el lazo. Como que no se advierte sino cuando es tarde.

JUAN.—Por Dios mamá, si no quieres que me vuelva loco, no me hables jamás de estas cosas. No me tortures. No me sugieres ideas, ni me empujes hacia cosas que se hallan lejos de mis pensamientos: te lo suplico.

SRA. VOCKERAT.—Haz lo que te plazca. Solamente te digo: Cuidado y cautela. *(Retírase á la alcoba.—Entra Ana.)*

ESCENA XI

JUAN y ANA.

ANA.—¡Señor doctor! *(Recoge el abrigo.)* ¿Vamos, ya? *(Juan la ayuda á ponerse el abrigo).*

JUAN.—¿Conque, está decidido?

ANA.—*(Abotonándose).* Sí. Aquello de que me habló usted, ¿me lo mandará pronto, eh?

JUAN.—No tenga usted cuidado. Y ahora, señorita, estaría del todo satisfecho, si usted admitiese una prueba más de nuestra sincera afección.

ANA.—Me sería penoso, señor doctor.

JUAN.—Pues bien; no hablemos más de ello.

De todos modos, me ha de prometer usted, que si alguna vez echa de menos nuestra compañía... nos visitará, pues ya sabe que deseamos de todas veras servirla. *(Abre la puerta de la alcoba y llama.)* ¡Mamá! ¡Catalina!

ESCENA XII

Dichos, Señora VOCKERAT y CATALINA.

ANA.—*(Besando la mano de la Sra. Vockerat).* Mil gracias *(Catalina y Ana se abrazan con ternura).* Y tú, amable y buena Catalina, escríbeme.

SRA. VOCKERAT.—Vamos, feliz viaje.

CATALINA.—Eso es... y que seas... *(Llora)* que seas dichosa, y... *(Los sollozos le impiden continuar.—Juan coge la maleta y sale con Ana. Catalina y la Sra. Vockerat les acompañan hasta la galería, en donde se encuentran á Braun despidiéndose de Ana. La señora Vockerat, Catalina, y Braun, se quedan en la galería saludando, y después, entran al salón.)*

ESCENA XIII

BRAUN, Señora VOCKERAT y CATALINA.

SRA. VOCKERAT.—*(Consolando á Catalina que llora en silencio).* ¡Vamos, hija mía! ¡Valor! No seas niña! Como que es joven pasará por todo y triunfará.

CATALINA. — ¡Inspiraban tanta lástima sus ojos!... ¡Ha pasado tantas penas!

SRA. VOCKERAT.—Ten en cuenta, Catalina, que no todos andamos por caminos de rosas.

CATALINA.—Verdad: ¡hay tanto dolor y tantas angustias en este mundo! *(Entra en la alcoba.—Pausa.)*

ESCENA XIV

BRAUN, Señora VOCKEBAT, y luego JUAN.

SRA. VOCKERAT.—¡Eh, Catalina, la taza de caldo! ¡Voy á llevarla! *(Coge la taza, pero se detiene delante de Braun.)* ¡Ay, señor Braun! Ya le digo á usted, que durante los diez minutos últimos, he pasado por zozobras tales... *(Avanza algunos pasos, pero de pronto le acomete la debilidad y se deja caer en una silla.)* ¡Todos mis miembros se han resentido! ¡Estoy abatida: no puedo más!

BRAUN.—Pues, ¿qué ha ocurrido, señora?

SRA. VOCKERAT.—Es inútil que me queje pues ya sé que esas cosas siempre terminan así. Dios solamente nos ha amenazado con el dedo, y para mí es lo suficiente. Usted, señor Braun, también es un hombre sin religión, pero si quiere creer á una anciana que tiene experiencia, tenga por sabido que sin El no se va lejos. Más temprano ó más tarde tropezará y caerá. *(Silencio).* Ahora, ya podré andar. *(Quiere levantarse pero no puede).* Estas emociones dejan rastro, y nuestros cuerpos lo experimentan un día ú otro. *(Escuchando).* ¿Quien viene? Alguien entra. Se oyen pasos en la escalera. ¡Ah, ya recuerdo! Como que hoy es día de colada, estarán lavando la ropa. Tranquilicémonos y no pensemos en los trabajos. *(Corta pausa).* Ve usted, es una lástima, que un caracter de oro, un hombre honrado y sin mácula como Juan, haya llegado á tal estado envuelto por el orgullo

de su propia fuerza. En vano clama con valentía: «Mi religión es la de los hechos.» Viene Dios, y de un soplo, le echa abajo su castillo de naipes.

JUAN.—*(Entrando de improviso agitado).* ¡Hola! Habéis de saber que se queda.

SRA. VOCKERAT. —*(No comprendiendo).* ¡Se queda...! ¿Quién?

JUAN —Es de suponer;... la señorita Ana que vivirá con nosotros algunos días más.

SRA. VOCKERAT.—*(Aterrada).* ¡Cómo, la señorita Ana! ¿En dónde está?

JUAN.—En su cuarto. Pero, mamá, no comprendo...

SRA. VOCKERAT.—Es decir, que te has atrevido...

JUAN.—Hágame el favor de no tomar las cosas tan á lo trágico.

SRA. VOCKERAT. —*(Levantándose y con tono imperativo).* Juan, oye lo que voy á decirte: *(Acentuando las palabras).* Tu dama nada tiene que hacer aquí, y por tanto, debe irse inmediatamente. Lo quiero en absoluto.

JUAN.—¿En qué casa estamos, mamá?

SRA. VOCKERAT.—En cuanto á eso, demasiado lo sé, por desgracia Estamos en casa de un hombre que ha perdido toda noción de deber; de un hombre que... En fin, y puesto que viene á cuento ,. sábelo: voy á ceder mi puesto á esa fulana.

JUAN.—Mamá... hablas de la señorita Ana en términos que no puedo tolerar.

SRA. VOCKERAT.—Y tú hablas á tu madre de un modo contrario al cuarto mandamiento.

JUAN.—No me alteres, mamá: respeta el estado de mi ánimo. Procurad no apurarme ó sino soy capaz de proceder de un modo irrevocable.

SRA. VOCKERAT.—El que atenta contra su vida, está condenado eternamente.

JUAN.—Razón favorable para que obréis con prudencia y cautela.

SRA. VOCKERAT.—Me lavo las manos, pues estoy decidida á marcharme.

JUAN.—Vamos, mamá...

SRA. VOCKERAT.—O yo, ó la fulana.

JUAN.—Pides un imposible. ¡Tanto como me costó decidirla! ¡Y ahora debo de exponerle..! ¡Bah! ¡bah! antes pegarme un tiro.

SRA. VOCKERAT.—*(Con firmeza)*. Pues bien; iré *yo*. Sí, *yo* y le diré á esa coquetona refinada algo de lo que me bulle aquí dentro... ¡Ella sí que te ha bien hechizado!

JUAN.—*(Deteniendo á su madre)*. No irás, te lo juro: está bajo mi protección, y por consiguiente no consentiré que se la insulte.

BRUAN.—Vamos, Juan, calma...

SRA. VOCKERAT.—¡Ah, sí! ¿Esas tenemos? ¡Está muy bien! *(Vase por el vestíbulo)*.

ESCENA XV

JUAN y BRAUN.

BRAUN.—¿Cómo te vuelves, Juan? ¿Será verdad que estás embrujado?

JUAN.—¡Dejadme en paz, envenenadores de almas!

BRUAN.—Sosiégate, Juan. Soy tu amigo Braun y no pretendo darte lecciones de moral.

JUAN.—Lo que hacéis vosotros es prostituir mis ideas. Cometéis una profanación intelectual que me reporta sufrimientos mortales... ¡Ea! no quiero hablar más con vosotros!

BRAUN.—Al punto en que han llegado las cosas, te será difícil encerrarte en un silen-

cio absoluto. Por lo tanto, Juan, tranquilízate y habla.

JUAN.—Pero ¿qué pretendeis saber? ¿De qué se me acusa? ¡Si yo desisto en absoluto de defender mi causa! Mi orgullo no me lo permite, y al pensarlo sólo, siento asco.

BRAUN.—Escucha, Juan: yo juzgo las cosas con frialdad...

JUAN —Júzgalas como quieras, pero no me lo digas, pues cada una de tus palabras, me produce el efecto de un latigazo en la cara.

BRAUN.—No obstante Juan, has de reconocer que juegas con fuego.

JUAN.—Nada reconozco. Mis relaciones con Ana, no os interesan ni podéis apreciarlas.

BRAUN.—Pero no negarás que tienes ciertas obligaciones para con tu familia.

JUAN.—Como tampoco negarás tú que tambien las tengo para mi mismo. Es curioso; tanto como habéis argumentado, y ahora que doy el primer paso con libertad, el miedo os acomete y me hablais de deberes...

BRAUN.—No es cierto. ¿Quién habla de deberes? La cuestión es esta: ver claro y escoger entre Ana y tu familia: nada más.

JUAN.—¡Muy bien! Cualquiera diría que te has vuelto loco. Por lo que veo, con motivo y sin motivo queréis provocar un conflicto por cosas que no existen. Es falso cuanto decís tú y los que te secundan. Yo no me hallo enfrente de ningún dilema: el sentimiento que me une á Ana no es el mismo que me une á Catalina. El uno no impide el otro: es un lazo simplemente de amistad ¡vive Dios! y basado en nuestra igualdad intelectual, y en nuestras comunicaciones mútuas, hasta tal punto, que nos entende-

mos perfectamente en lo que jamás me entedería con vosotros. Desde que entró en esta casa me parece vivir en otro mundo. A ella debo mi regeneración, el haber recobrado mi amor propio, la alegría de vivir, la fuerza creadora que en mí siento: todo, todo se lo debo á ella. Y solo es una amiga ¿entiendes? ¿Por qué no pueden ser amigos y corresponderse como á tales un hombre y una mujer?

BRAUN.—Permíteme que te diga Juan, que tú no quieres nunca juzgar las cosas con serenidad y reposo.

JUAN.—¡Ah, cándidos, que no sabés por donde andáis! Vuestras fórmulas son las mismas que he pisoteado tiempo há. Si me apreciais de veras, dejadme en paz, porque como no sois capaces de concebir mi evolución personal, solo conseguiréis con vuestra intervención disgustos domésticos; pero me revestiré de la fuerza de voluntad suficiente, para constituirme en salvaguardia de lo que es en mi una condición vital, sin por eso perjudicar á nadie. Eso quiero yo, ¿lo oyes bien?

BRAUN.—Es tu defecto de siempre, Juan, querer conciliar lo que es incompatible. Para mí no hay más que una conclusión, y es que te avistes con Ana y la expongas lo que pasa indicándola la conveniencia de marcharse.

JUAN.—¿Y nada más? ¿Esto es todo? Pues bien, para tu buen gobierno y para que no te canses en razonamientos inútiles, ten por entendido, (*Mirando fijamente y acentuando las palabras*), que no se hará nada de cuanto vosotros queréis. Braun, ya no soy lo que era poco há: una fuerza superior

me mueve, y ni vosotros ni vuestros argumentos lograrán dominarme. He vuelto á la vida, me he regenerado y quiero conservarme integro, tal como soy, mal que os pese á todos. *(Entra apresurado en su despacho. Braun se encoge de hombros.)*

TELON

ACTO CUARTO

La misma decoración. Entre cuatro á cinco de la tarde.

ESCENA PRIMERA

Señora VOCKERAT, CATALINA y JUAN. Las mujeres sentadas á la mesa. Catalina afligida y cosiendo una camisa para su hijo, y la Sra. Vockerat haciendo media.—Corta pausa.—Juan sale de su despacho, el sombrero ladeado, y el sobretodo medio puesto.

JUAN.—¿Está ya fuera, Ana?

SRA. VOCKERAT.—*(Conteniendo su malhumor.)* Sí, acaba de salir.

JUAN.—*(Acercándose á Catalina y besándola en la frente.)* Acuérdate de tomar la pócima, ¿oyes?

SRA. VOCKERAT.—¡Malditos sean los medicamentos! ¿De qué sirven? Ya sé yo el remedio.

JUAN.—¡Por favor, mamá!

SRA. VOCKERAT.—Bueno: ya callo.

CATALINA.—La tomo con regularidad. Por cierto que adelanto mucho.

JUAN.—Efectivamente, tu semblante ha mejorado.

CATALINA.—Y me encuentro más bien.

JUAN.—Cúidate, sobre todo. ¡Adios! Pronto estaremos de vuelta.

CATALINA.—¿Vais lejos?

JUAN.—No; trátase solamente de dar un paseo por el bosque. Hasta luego. *(Vase por la galería.— Pausa.— Oyese el rumor de un tren que pasa, y luego el sonido lejano de la campana de la estación.)*

ESCENA II

Señora VOCKERAT y CATALINA.

SRA. VOCKERAT.—La campana de la estación, ¿oyes?

CATALINA.—Si; se oye muy bien porque el viento sopla del mismo lado. *(Deja caer la labor en el regazo y se queda pensativa.)*

SRA. VOCKERAT.—*(Mirando furtivamente á Catalina.)* ¿En qué piensas, Catalina mía?

CATALINA.—*(Volviendo á trabajar.)* ¡Oh, en tantas cosas!

SRA. VOCKERAT.—A ver, díme.

CATALINA.—Me gustaría saber si hay gentes enteramente felices y que no se entristezcan nunca.

SRA. VOCKERAT.—Me parece que no, Catalina.

CATALINA.—*(Mostrando la labor á la Sra. Vockerat.)* ¿Daré algunos puntos de adorno en torno de esto, madre? *(Tiende la camisa.)* Digo, ¿será bastante larga?

SRA. VOCKERAT.—Procura que sea más bien larga que corta, pues las criaturas crecen con rapidez. *(Continúan trabajando.— Pausa.)*

CATALINA.—*(Cosiendo.)* A veces, Juan se enfada por mis inoportunidades, y acaba por hacerme sufrir... Cuando se altera no hay que replicarle y esta es nuestra desgracia. *(Sonríe amargamente.)* ¡Gozar de tanta tranquilidad... y no saberla aprovechar!

(*Suspira.*) ¡Ay!... A propósito de camisas; la celadora del colegio de Gnadenfrei, que por cierto era muy vieja, guardaba en su cómoda, una camisa funeraria... tejida por su propia mano. Un día me la mostró y me produjo una tristeza tan grande...

SRA. VOCKERAT.—Vamos, loca. *(Pausa.)*

CATALINA.—Fiedles, es un muchacho delicioso. Ayer le hice entrar para enseñarle estampas, y á lo mejor me pregunta: ¿No es verdad, tía Catalina, que la mariposa representa el hombre y la libélula su mujer? *(La Sra. Vockerat se ríe.)* ¡Pobre querubín! Con sus lindos dedos me golpeaba los párpados y me decía: Los ojos duermen ahí dentro, ¿verdad?

SRA. VOCKERAT.—A veces, son muy graciosas las criaturas.

CATALINA.—*(Abandonando la labor en su regazo.)* Cuando somos niños no apreciamos el bienestar. Aún me acuerdo que me pasé muchos años, yendo á un campo todos los días á rezar esta oración: «¡Oh, Señor! Hazme encontrar, por una sola vez al menos, una mariposa con el cráneo de cadáver.» Jamás dí con ella. *(Se levanta abatida y suspirando.)* Pero sí con muchas penas, andando los años.

SRA. VOCKERAT.—¿A dónde vas ahora? Estate conmigo un rato más.

CATALINA.—Voy á ver si el niño se ha despertado.

SRA. VOCKERAT.—Catalina, Catalina, no seas tan nerviosa: tranquilízate.

CATALINA.—*(De pie junto á la silla, la frente apoyada en la mano.)* Déjeme usted, madre, necesito estar sola un rato.

SRA. VOCKERAT.—*(Reprendiéndola con cariño.)* A tí no te conviene la soledad. Vamos á

ver, cuéntame algo. Siéntate. *(Catalina lo hace.)* De niño, Juan también tenía caprichos extravagantes.

CATALINA.—(*Inmóvil, y mirando fijamente el retrato colgado encima del piano.*) ¡Ah, el bueno de papá! ¡Como podía creer que su hija.. ! *(Las lágrimas ahogan su voz.)*

SRA. VOCKERAT —Vamos, Catalina, no seas así.

CATALINA.—(*Expresándose con dificultad.*) ¡Ay! La suplico que me deje, madre. *(Vuelven á trabajar.)* ¿Se regocijó usted, cuando Juan vino al mundo?

SRA. VOCKERAT.—Ya lo creo y de todas veras. ¿Y tú al nacer Felipe?

CATALINA.—En absoluto, no puedo decirlo. *(Vuelve á levantarse).* Lo repito, tendré que descansar un rato.

SRA. VOCKERAT —*(Levantándose y acariciando la mano de Catalina.)* Ve, ve, si no te encuentras bien.

CATALINA.—Coja usted mi mano.

SRA. VOCKERAT.—¿Qué es eso? Está fría.

CATALINA.—Ahora la aguja.

SRA. VOCKERAT.—(*Vacilando*). ¿Por qué?

CATALINA.—Mire usted. *(Se pincha la palma de la mano repetidas veces).*

SRA. VOCKERAT. — *(Asiendola de la mano).* ¡Alto! ¿Qué extravagancia es esa?

CATALINA.—(*Riendo*). Nada, ni el más mínimo dolor: nada absolutísimamente.

SRA. VOCKERAT. — Vaya unas manías. Ven, ven, que descansarás un rato. *(Enlaza á Catalina por la cintura y la acompaña á la alcoba.—Después entra Braun, quien se despoja del sombrero y el sobretodo colgándolos en una percha.)*

ESCENA III

BRAUN y Señora VOCKERAT.

SRA. VOCKERAT.—*(Asomándose á la puerta de la alcoba).* ¡Ah! ¿es usted señor Braun?

BRAUN.—Buenos días. señora Vockerat.

SRA. VOCKERAT.—Dentro un instante estoy á sus órdenes. (*Se retira y luego vuelve á aparecer trayendo un telegrama que presenta á Braun.)* Diga usted, ¿qué haría en mi caso? *(Mientras Braun lee, ella interroga ansiosamente las expresiones de su rostro.*)

BRUAN.—¿Expuso usted á su marido toda la cuestión?

SRA. VOCKERAT.—Ni una palabra. No, eso no: ni pensarlo. Solamente le decia en la carta que viniese á vernos, porque... En fin, porque considerando que Catalina no está todavía fuera de peligro yo no podía abandonarla; nada más. Ni le puse que Ana continúa aquí: créame, señor Braun.

BRAUN.—*(Reflexionando y encogiéndose de hombros).* ¡Bah! ¡Qué quiere usted que le diga!

SRA. VOCKERAT.—*(Con avidez).* ¿No le parece á usted que tengo razón? ¿O hubiera sido mejor no escribir nada? Y á todo esto, Catalina perdiendo fuerzas, y cada vez con más peligro de tenderse en la cama Si llega este caso no sé como nos las compondremos. (*Llora*). Considere usted que dado su estado vese obligada á cada instante á echarse en la cama. No sé que hacer... No puedo cargar con toda la responsabilidad, señor Braun. (*Se enjuga las lágrimas).*

BRAUN.—*(Repasando el telegrama).* Su esposo llegará en el tren de las seis, ¿no es eso? ¿Qué hora es?

SRA. VOCKERAT.—Cerca de las cuatro y media.

BRAUN. —(*Reflexionando*). Desde la semana pasada todo sigue igual ¿verdad?

SRA. VOCKERAT.-(*Desesparada*). Por desgracia.

BRAUN.—Ella no ha mostrado deseos de partir, ¿eh?

SRA. VOCKERAT.—Ni por asomo. A Juan le tiene absolutamente hechizado. Verdad que siempre había sido de natural irritable, pero una vez apaciguado, hacia lo que nosotros queríamos. Ahora. no vé ni oye nada, excepción hecha de la fulana. Esta víbora le tiene dominado: ni madre, ni esposa, ni enemigos, señor Braun; nada existe para él. ¡Ay, Dios mio! ¡Cómo hallar un remedio! Yo no duermo... Me quiebro la cabeza. ¡Qué hacer! ¡Qué hacer! (*Pausa*).

BRAUN.—No sé si será del caso la venida del señor Vockerat en tan angustiosos momentos. Tal vez su presencia aumentará los arrebatos de Juan; hay que suponer que este, ante su dama, no consentirá el menor asomo de humillación. En fin, mi crencia es que Juan saldrá del paso por su propia voluntad.

SRA. VOCKERAT.—También yo lo creía así. Por eso la segunda vez que la trajo aquí me dejé persuadir, y no tuve inconveniente alguno en quedarme. Mas la situación se ha agravado de tal suerte, que no se me consiente ni el menor reparo. A Catalina tampoco puedo hablarla. ¿A quién, pues, me dirigiré?

BRAUN.—¿Sabe usted si Catalina habló del asunto á Juan?

SRA. VOCKERAT.—Si, una vez. Disputaron par-

te de la noche y Dios sabe lo que resolvieron. Hay que tener en cuenta que Catalina es indulgente en exceso. A veces defiende á Juan de mis recriminaciones: no sospecha las argucias de esa fulana... de esa, llamada *señora*, al contrario, todavía encuentra medio de defenderla. *(Pausa.)*

BRAUN.—Algunas veces me ha expuesto la conveniencia de que *yo* hablase á Ana.

SRA. VOCKERAT.—Buena idea.

BRAUN.—También pensaba escribirla. De todos modos, procure usted estar bien preparada para recibir á su esposo, cuya presencia, lo repito, tal vez lo empeore todo.

SRA. VOCKERAT.—¡Qué quiere usted! ¡No sé que decirle! Dada mi tribulación no sabía lo que me hacía .. Si usted quisiese intervenir...! *(A fuera, se oye hablar á Juan y Ana.)* ¡Ay, Dios mío! Me voy: en este instante no puedo verlos. *(Vase por la puerta del vestíbulo. Braun vacila un momento, pero se decide á seguirla. Ana entra por la galería.)*

ESCENA IV

JUAN y ANA.

ANA.—*(Después de quitarse el sombrero, dice á Juan que se ha quedado fuera.)* ¿Nota usted algo de interesante, señor doctor?

JUAN.—En efecto: veo á la policía en un barco, lo cual, es indicio seguro de algún accidente.

ANA.—¡Triste presagio!

JUAN.—Ocurren á menudo, pues el agua de este país es muy traidora. ¿Qué trae usted ahí, señorita?

ANA.—Vellosilla, señor doctor: quiero llevármela como recuerdo de esta comarca.

JUAN.—Eso cuando se vaya usted... que supongo no será pronto

ANA.—¡Es decir, que usted supone que no será pronto! *(Corta pausa, durante la cual, ambos se pasean cada uno por su cuenta.)* ¡Qué pronto se hace de noche en este tiempo!

JUAN.—Cierto: y en cuanto se pone el sol corre un fresco molesto. ¿Quiere usted que encendamos la lámpara?

ANA.—Como usted guste. Por mi parte no me desagrada este crepúsculo. *(Se sienta. —Pausa.)*

JUAN —*(Sentándose algo distanciado de Ana.)* ¡El crepúsculo!..... ¡Cuantos recuerdos evoca!

ANA.—Y leyendas, ¿no es eso?

JUAN.—También, y algunas muy bellas.

ANA.—¿Sabe usted como terminan generalmente las más bellas? «Entonces me calcé una chinela de vidrio y al tropezar con un guijarro oigo ¡clin! y la chinela se parte en dos.» *(Silencio.)*

JUAN.—¿No envolverá eso también, un triste presentimiento?

ANA.—No creo. *(Se levanta. Luego, lentamente se dirige al piano, se sienta en el taburete y se sopla las manos.)*

JUAN.—*(Siguiéndola, y quedándose á su lado de pie.)* ¡Animo! aunque no sean más que algunos compases. Vamos, toque usted un rato, y me daré por satisfecho.

ANA.—Pero si no sé tocar.

JUAN.—*(Reprendiéndola con cariño.)* ¿A mí con esas? Diga usted que no quiere, y concluído.

ANA.—Después de seis años de no tocar el piano, la pasada primavera me dió por ensayar algo. Además, canto muy mal y no

sé otra cosa que las tristes y desoladas canciones que aprendí de mi madre.

JUAN.—¿Quiere cantar una de esas... que usted llama «tristes y desoladas canciones»?

ANA.—*(Riendo.)* Ve; ya se está usted burlando de mi.

JUAN.—Bien veo, señorita, que nada quiere hacer para satisfacerme. *(Pausa.)*

ANA.— Dice usted bien, señor doctor; soy una criatura caprichosa y de la peor especie.

JUAN.—¡No digo tanto, señorita! (*Corta pausa.*)

ANA.—*(Abre el piano, pone las manos en el teclado y reflexiona.)* ¡Si supiera algo así... alegre! *(Juan, está sentado en un ángulo del salón, con la cabeza reclinada, las piernas cruzadas y la mano en la oreja para oir mejor. Ana, ha dejado caer las manos sobre las rodillas y dice lentamente y con pausa:)* Después de todo... no deja de ser... una gran época... la nuestra... Tengo como un presentimiento de que... lo que nos ahoga... se alejará. ¿No le parece á usted, señor doctor?

JUAN.—*(Tosiendo.)* Usted dirá.

ANA —De un lado nos oprimía una oculta ansiedad... y de otro un negro fanatismo... Esta *excesiva* angustia, parece que se calma. Sopla el aire fresco del siglo veinte, como ahora decimos. ¿No lo nota usted así, señor doctor? Digo esto, para demostrarle que sujetos como Braun hacen el mismo efecto que buhos vistos de día.

JUAN.—¡Ay, señorita! Lo que dice usted de Braun es cierto; pero yo no puedo gozar siempre, la alegría de vivir. No sé...

ANA.—Es que hacía abstracción de nuestros destinos *personales,* ó mejor dicho, de

nuestras *pequeñeces*, señor doctor. *(Pausa. Luego toca algunos compases prolongados.)*

JUAN.—*(Después de extinguido el sonido.)* ¿Y qué más?

ANA.—¿Señor doctor?

JUAN.—Vamos, siga usted; hágame el favor.

ANA.—Quisiera decirle una cosa... Pero no debe usted enfadarse... hay que oirla con tranquilidad.

JUAN.—¿Pues?

ANA.—Creo que debo. . Es decir, quiero marcharme. *(Juan suspira, se levanta y se pasea atolondrado.)* Ve usted, señor Juan, incurrimos en el mismo defecto de todos los seres débiles. Lo más natural sería tomar las cosas como vienen, y resignarnos de nuestra suerte. *(Pausa.)*

JUNA.—¿De veras, quiera usted marcharse?

ANA.—*(Cariñosa, y decidida á la vez.)* Si señor.

JUAN.—Así, pues, pronto me rodeará el vacío. *(Pausa.)* ¡Ea! no pensemos en eso, por ahora.

ANA.—No obstante, tengo de advertirle á usted que escribí á mi casa anunciándoles mi regreso para el sábado ó domingo próximos.

JUAN.—¡Es decir que usted...! Pero, señorita, ¿porqué lleva tanta prisa?

ANA.—Por muchas razones. *(Silencio).*

JUAN.—*(Paseándose, atolandrado y nervioso).* ¿Hay, pues que sacrificar á las malditas convenciones sociales, toda nuestra dicha? ¿Cuando comprenderá el vulgo que nuestra situación no tiene nada de censurable con tal de proceder bien, mejorar la existencia, y ennoblecer nuestros sentimientos? ¿Acaso constituye una calamidad para los padres el que un hijo vaya acumulando buenas cualidades? ¿O un desastre para una

mujer el que la inteligencia de su marido aumente y se desarrolle?

ANA.—*(Amenazándole con el dedo).* ¡Vé, señor doctor, como se altera usted!

JUAN.—*(Más sosegado).* ¿Acaso no tengo razón?

ANA.—Si, y no: usted ve las cosas muy distintamente que sus padres de usted, y estos las ven de otro color que no las ve Catalina... ¿Qué quiere usted que le diga?

JUAN.—Eso es terrible para nosotros dos.

ANA.—Y también lo es para los demás *(Silencio).*

JUAN.—Cierto, pero usted me ha dicho siempre. «Por consideración á los otros, no hemos de abdicar jamás, de nuestra independencia».

ANA.—Pero toda vez que desgraciadamente es así...

JUAN.—Escuche usted: yo por desdicha mía no soy independiente, pero *usted*... ¿por qué se hace *usted* partidaria de los otros?

ANA.—Porque también les he tomado aprecio. *(Corta pausa).* Usted me ha dicho repetidas veces que acariciaba una forma de comunidad nueva y más noble, entre el hombre y la mujer.

JUAN.—En efecto, es mi sueño, mi ideal que se realizará á no tardar :. Entonces, ya no será la bestia que ocupará el primer puesto sino el hombre. La bestia no se casará con la bestia, sino el sér humano con el ser humano... La amistad, esta es la sola base del amor; base indisoluble maravillosa y formidable. Mi ideal abarca todavía otros puntos más elevados, más radiantes, más libres... *(Interrumpiéndose y dirigiéndose á Ana).* ¿Verdad que si la luz nos alumbrase la vería á usted sonreirse?

ANA.—No, señor doctor, ahora no me he son-

reido; si bien es cierto que semejantes palabras de sí embelesadoras, suelen producirme alegre emoción. Admitamos, sin embargo, por un instante, que haya habido algo nuevo, elevado, en nuestras relaciones.

JUAN.—¿Duda usted? ¿Seré yo quien precise esos matices? ¿Acaso es más que una grande amistad lo que le une á usted á Catalina? ¿Y mi afecto por la misma se ha extinguido por eso? Al contrario, cada dia es más sólido y profundo.

ANA.—Sí, pero ¿quién excepto yo, podrá creer tales razones? Y después de todo, ¿dejará de ser una víctima Catalina? Depongamos nuestros respectivos criterios, y supongamos por un instante que alguien abriga el presentimiento de una vida nueva y más perfecta. Desde luego, y vagamente, sólo se formará en lo más hondo del alma, un gérmen delicado, que será menester cuidar y observar de continuo. Ahora bien, por larga que sea nuestra existencia, no pensemos en ver brotar la planta. Todo lo más que podemos esperar es que cada cual se imponga el deber de transmitir el gérmen á la generación futura, la cual, cuidará de su desarrollo y de recoger los frutos. ¿No le parece, señor doctor?

JUAN.—Sólo me parece que de todo esto, quiere usted deducir que debemos separarnos.

ANA.—No me referia á nosotros dos, pero puesto que usted da en el clavo... en efecto, debemos separarnos. He desistido ya, de seguir el camino en el que á veces había soñado. También tuve mis presentimientos, pero á fuerza de rumiarlos veo que la solución rutinaria resulta ¡tan mediocre, tan vulgar para nosotros! Cuando de las altas montañas en donde la vista abarca inmensos

espacios se desciende á la llanura, parece todo ¡tan cerca, tan mezquino! (*Pausa*).

JUAN.—¿Y si le demostrara á usted que no hay necesidad de sacrificar á nadie?

ANA.—Es imposible.

JUAN.—¿Y si Catalina se reconcentrase, y reconociese tan elevada idea?

ANA.—¿De vivir á mi lado? Vamos, sería menester que yo no fuese dueña de mi misma. Además siento, ó mejor dicho, sentimos una cosa que nos es hostil á la pureza de la vida en común que soñamos, la cual, más temprano ó más tarde triunfará, no lo dude, señor doctor.—¿Podríamos encender una luz?

ESCENA V

Dichos, y Sra. VOCKERAT que sale del vestíbulo con una bujía encendida.

SRA. VOCKERAT. — (*Dirigiéndose á Braun que está dentro*). Aguarde, señor Braun. No entre usted todavía que está oscuro. Voy á encender la lámpara y arreglar las cosas de modo que... (*Juan tose*) ¿Quien está ahí?

JUAN.—Nosotros, mamá.

SRA. VOCKERAT.—¡Ah! ¿tú, Juan?

JUAN.—Y la señorita Aua. ¿Con quién hablabas mamá?

SRA. VOCKERAT.—(*Indignada*). Vamos, Juan, me parece que bien podías encender la lámpara. ¡No sé porque estáis sin luz! (*Enciende la lámpara. Juan y Ana no se mueven*) ¡Juan!

JUAN.—Dí, mamá.

SRA. VOCKERAT.—¿Quieres venirte conmigo un momento? Tengo algo que decirte.

JUAN.—¿No puede ser aquí?

SRA. VOCKERAT.—Si no quieres concederme un minuto... dilo de una vez.

JUAN.—¡Ay madre! Tiene usted razón. Vamos. Dispense usted, señorita. *(Entra con su madre en su despacho).*

ESCENA VI

ANA. Después BRAUN.

ANA.—*(Toca el piano un rato, y luego canta en voz baja:)* «Destrozado por sufrimientos sin cuento ¡oh, joven cautivo! te cogió la muerte. Por defender la patria perdiste tu leal cabeza.» *(Entra Braun. Ana vnelve la cabeza).* Buenas noches, señor Braun.

BRAUN.—No se moleste... ¡Buenas noches, señorita!

ANA.—Es usted muy caro de ver.

BRAUN.—¿De veras?

ANA.—Han preguntado por usted varias veces.

BRAUN.—¿Quién? Juan, seguramente no será.

ANA.—Juan no, pero sí Catalina.

BRAUN.—¿Ve usted? Con franqueza, yo... pero no tiene importancia; no hablemos de eso. *(Pausa).*

ANA.—Por lo que parece, hoy estamos todos en buena disposición de divertirnos. Podríamos contar cosas alegres ¿Sabe usted algún chiste? Hay veces que conviene reir. Vamos, cuénteme usted nna anécdota cualquiera.

BRAUN.—No pnedo: me es imposible.

ANA.—Me hará usted creer que la risa no le sienta á usted bien. *(Pausa).*

BRAUN.—A decir verdad, señorita, vengo para tratar de cosas serias.

ANA.—¿Usted? ¿Y conmigo?

BRAUN.—Si, señora.

ANA.—*(Se levanta, se encamina á la mesa y se*

entretiene desliando y arreglando el ramo de vellosilla). Pues bien, ya escucho.

BRAUN.—Verdad que entonces me desesperaba . quiero decir cuando nos conocimos .. en París; pero al fin y al cabo no había para qué. Pintar de una manera ó pintar de otra, poco importa. Lo cierto es que el arte es un lujo y en nuestros tiempos dedicarse á trabajos de lujo constituye una vergüenza á todas luces. Afortunadamente nuestras relaciones fueron para mi una distracción. Pero sepa usted que entonces la quería mucho.

ANA.—*(Ocupada en arreglar el ramo y con indiferencia).* Esto si que no me divierte: pero en fin, continúe usted.

BRAUN.—Si lo que digo la ofende, señorita, sientolo en el alma: será qne no me comprende.

ANA.—¡Si que es lástima!

BRAUN.—Me duele... Lo mejor sería que las cosas continuasen su curso con tal no resultasen de ello graves consecuencias. Con todo, no puede evitarse...

ANA.—*(Canturreando.)* «Anda, anda, hijita mía.» *(Bajo.)* ¡Corazón de tigre! ¡Hipócrita! *(Alto.)* Vaya usted diciendo.

BRAUN.—Viéndola á usted, señorita, no puedo pensar... como .. no se dá cuenta... ó... como no reconoce... la gravedad de tal situación...

ANA.—*(Canturreando.)* «Un mozalbete vió una rosa...»

BRAUN.—No obstante, después de todo hay la conciencia. Dispense, señorita, pero, dígame ¿que le dice su conciencia?

ANA.—*(Después de una pausa y con frialdad.)* ¿Sabe usted lo que dijo el papa Leon X de la conciencia?

BRAUN.—No señora, y en este caso poco me importa el saberlo.

ANA —Pues dijo que es un animal dañino que el hombre adiestra contra sí mismo. Puede usted continuar: soy toda orejas.

BRAUN.—No sé como expresarme y sin embargo es bien claro. ¿No comprende usted que aquí se juega la vida ó la muerte de una familia? A mí me parece que á la sola vista de la esposa de Juan usted debiera cohibirse... retirarse... ¡Digo, me parece!

ANA.—*(Con seriedad.)* ¡Esas tenemos! Pues bien; adelante.

BRAUN.—Luego las relaciones de usted con Juan.

ANA —*(Atajándole con un gesto)* Basta: si le escuché á usted hasta aquí, fué por cortesía al amigo de mi amigo. Desde ahora, llévese el viento cuanto diga. *(Momento de turbación que rompe Braun recogiendo el sombrero y el sobretodo. Luego, haciendo un gesto de hombre convencido de haber hecho cuanto había que hacer, sale del vestíbulo. Ana deja el ramo sobre la mesa y se pasea inquieta. Para calmarse un poco bebe un vaso de agua. Entra la Sra. Vockerat por el vestíbulo.)*

ESCENA VII

Señora VOCKERAT y ANA.

SRA. VOCKERAT.—*(Mira con ansiedad enderredor y al convencerse que Ana está sola, se encamina á ella apresuradamente.)* Qué Juan no nos vea. ¡Si usted supiese el miedo que le tengo! ¡Es tan pronto en escandalizarse! ¡Me dá pena vivir así!... ¡Siento un no se qué en el corazón... que me impide callar por

más tiempo. *(Suplicando y humillándose.)* ¡Señorita!... ¡Señorita! ¡Señorita Ana!

ANA.—Sé todo lo que usted quiere.

SRA. VOCKERAT —¿Está usted enterada por Braun? (*Ana intenta responder, pero los sollozos le ahogan la voz.*) ¡Valor, señorita Ana! ¡Ay, pobres de nosotras si Juan nos encontrase así! ¡No sé lo que me pasa! ¡Calma, señorita, calma!

ANA.—No ha sido nada: ya pasó. Usted no debe inquietarse, señora.

SRA. VOCKERAT.—Es que usted me dá lástima también. Sé que ha llevado usted una existencia muy penosa y no tendría corazón si no la compadeciese Pero... ¿qué quiere usted que le diga? á Juan me enlazan otros afectos... Y además, siendo usted tan jóven, le será muy fácil reponerse.

ANA.—Siento en el alma, que las cosas hayan llegado á tal extremo.

SRA. VOCKERAT.—Jamás negué á nadie la hospitalidad, y no obstante, ahora me veo precisada á ello: es el único camino de salvación para todos. Por lo pronto no quiero erigirme en juez: le hablaré á usted como una mujer habla á otra... sobre todo como á madre. *(Sollozando.)* Si: como madre de Juan le suplico á usted (*Tomándole la mano*) que me devuelve á mi hijo. ¡Tenga piedad de una madre torturada! ¡Devuélveme usted á mi hijo! *(Rompe á llorar y se deja caer sobre una silla.)*

ANA —¡Vamos, vamos, señora Vockerat! ¡Por favor, no me trastorne usted! ¿Acaso he robado algo que me habla usted de devolver?

SRA. VOCKERAT —Basta: no pretendo escudriñar el origen de vuestras relaciones. Sólo sé que mi hijo siempre ha sido un modelo

de virtud, y le tenía en tan elevado criterio que no acierto á comprender como... (*Llora.*) ¡Era mi orgullo, señorita!

ANA.—Nada puedo objetarle en contra, señora...

SRA. VOCKERAT.—Por nada del mundo quisiera molestarla á usted: no pretendo afligirla: soy su esclava: mi vida está en sus manos .Solo me toca rogarla, implorarla, hasta que tenga usted á bien aminorar mi angustia. Deje usted á Juan; no sea que todo se pierda y que el corazón de Catalina se destroze. ¡Devuélvemelo por favor! ¡Tenga usted piedad!

ANA —¡Ay, señora! ¡cuanta humillación! No puedo más: estoy aniquilada. Solo me resta decirle que he decidido marcharme. Y si la felicidad de este hogar depende de...

SRA. VOCKERAT.—No se preocupe ya de eso, señorita. Lo que conviene es que ejecute su resolución cuanto antes .. enseguida si es posible. (*Ana recoge sus vestidos que había dejado sobre una silla.*) ¡No hay otro remedio! (*Pausa.*)

ANA.—(*Con los vestidos bajo el brazo, se encamina lentamente hacia el vestíbulo, pero al llegar ante la Sra. Vockerat se detiene.*) ¿Creyó usted que todavía vacilaba?

SRA. VOCKERAT.—¡Vaya usted con Dios!

ANA.—Adios, señora.

SRA. VOCKERAT.—¿Repetirá usted á Juan lo mismo que hemos hablado?

ANA.—Pierde usted cuidado.

SRA. VOCKERAT.—¡Que Dios la ilumine, señorita Ana! (*Ana sale por el vestíbulo. La señora Vockerat suspirando de alegría entra apresurada en la alcoba. La galería aparece iluminada por la luz de una linterna. Entra Vockerat. Lleva hopalanda y gorra de felpa.*

Le acompaña un recadero de la estación cargado de paquetes.)

ESCENA VIII

VOCKERAT y un RECADERO.

VOCKERAT. - (*Alegre*) Ya hemos llegado. Parece que no hay nadie. Déjelo usted todo ahí, y aguarde un momento. (*Buscando en su monedero*). Para usted.

RECADERO.—Muchas gracias.

VOCKERAT.—No se vaya usted todavía: aguarde un ratito (*Busca en los bolsillos de su abrigo.*) Estoy seguro... si, todavía quedan algunos ejemplares .. *Ramos de espinas.* Aquí están. (*Alarga varios folletitos al recadero,*) El que ha escrito esto, es un hombre muy piadoso y refiere cosas vistas y vividas. Leaio usted; le aseguro que lé aprovechará. (*El recadero, pasmado toma los folletos y sale sin saber qué decir.—Vockerat cuelga el abrigo y la gorra, mira en derredor, se frota las manos con satisfacción, y se para á escuchar en la puerta de la alcoba Así que oye ruido corre á esconderse detrás de la estufa. Catalina sale de la alcoba y descubre los paquetes, el abrigo, y la gorra*).

ESCENA IX

VOCKERAT y CATALINA. Después la Señora VOCKERAT.

CATALINA.—¡Oh, Dios poderoso, todo esto es de papá!

VOCKERAT.—(*Se lanza hacia Catalina riendo y llorando y la abraza repetidas veces*). ¡Hija mía! ¡Catalina adorada! (*La besa*) ¿Cómo

va ese valor? ¿Gozáis todos de buena salud? (*Le da un beso y la suelta*). No podéis imaginaros... no, no podéis imaginaros mi impaciencia por veros. (*Riendo*). ¿Y el príncipe cómo está? Ja, ja, ja. ¿Cómo sigue su alteza... ja, ja, ja... su alteza el príncipe bebé? Ja, ja, ja... ¡Cuanto agradezco á Dios de verme de nuevo entre los míos! (*Se quita los anteojos y los enjuga*). Ten por sabido que á la larga, la soledad se hace fastidiosa... ja, ja, ja... y el hombre busca compañera. Ja, ja, ja... Eso es; y á todo esto, el trabajo acumulado. Había que abonar los campos ¡Oh, el estiercol, ja, ja, ja, es oro en barra para el labrador. La última vez que vino á verme el pastor Pfeiffer, quedó estupefacto al contemplar el montón de basuras arrimado á nuestra casa. Pero yo le dije: «Señor pastor, eso es nuestra riqueza». Ja, ja, ja. Díme, ¿dónde está la buena de mamá? ¿Y mi Juan? (*Examina atentamente á Catalina*). No sé si será efecto de la luz, pero no te encuentro repuesta del todo, Catalina.

CATALINA.—(*Esforzándose en contener su emoción*). ¡Ay, papá! No sé lo que me pasa (*Abrazándole*). ¡Qué dichosa me siento á tu lado!

VOCKERAT.—¿Te asustastes de verme escondido? (*La Sra. Vockerat aparece en la puerta del vestíbulo*). ¡Toma! Ja, ja, ja, ja. Ya la tenemos aquí. (*Se lanzan en brazos el uno del otro llorando y riendo á la vez. Catalina, no pudiendo dominar su emoción, se retira á la alcoba*).

ESCENA X

VOCKERAT y Sra. VOCKERAT.

VOCKERAT.—*(Sacudiendo suavemente la espalda de su esposa)*. Aquí me tienes, tras nuestra más larga ausencia. Ahora sólo falta Juan.

SRA. VOCKERAT.—(*Vacilando*). ¿Sabes? Ella sigue en casa.

VOCKERAT —¿Quién?

SRA. VOCKERAT.—Pues... aquella señorita.

VOCKERAT.—¿Cual? No recuerdo.

SRA. VOCKERAT.—¿Ya no te acuerdas de Ana?

VOCKERAT.—Si, pero como dijistes que se había marchado. . *(Desliando los paquetes.)* Mira cuantas cosas traigo. Manteca... Huevos no, porque cuando pienso en el último viaje, me horrorizo. ¡Toma! manteca para Juan aderezada por mí. Habrá que bajarlo todo á la bodega... Aquí tienes un jamón de un sabor delicioso... ¡Pero mujer! ¿Por qué estás tan pensativa? ¿No te encuentras bien?

VOCKERAT.—No sé... siento en el corazón una cosa que me ahoga. Nada quería decirte, pero siendo como eres mi único y fiel compañero es menester que lo sepas. Nuestro hijo... nuestro Juan, está hechizado.

VOCKERAT.—*(Asustado.)* ¿Qué dices? ¿Nuestro hijo? ¿Cómo es posible?

SRA. VOCKERAT.—No te asustes: todo se arreglará, pues ella se marcha enseguida.

VOCKERAT.—*(Turbado.)* Marta, esto no puede ser.

SRA. VOCKERAT.—Ignoro hasta que punto llegaron sus relaciones; lo cierto es que me hicieron pasar un mal rato.

VOCKERAT.—Júrote, Marta, que habría puesto la mano al fuego por la integridad de Juan.

¡Mi hijo, faltar al deber y al honor! .. ¡Mi hijo! ..

SRA. VOCKERAT.—¡Ay esposo! Vas á verlo por tus propios ojos.

VOCKERAT.—(*Paseándose lleno de pesadumbre.*) ¡Dios mío, hágase tu voluntad! (*La señora Vockerat llora en silencio.*) Marta, la falta estará en una parte ú otra: busquemos.

SRA. VOCKERAT.—Hemos dejado que la enfermedad siguiera su curso sin atajarla... Cada día es más evidente, que nuestros hijos olvidan á Dios y se alejan del buen camino.

VOCKERAT.—Tienes razón: esta es la pura verdad. He aquí porque el castigo pesa ya sobre nosotros. (*Tomando las manos de su esposa.*) Pero, roguemos á Dios humildemente, día y noche. Marta, roguemos á Dios.

TELON

ACTO QUINTO

La misma decoración. Siguen casi sin interrupción los acontecimientos del acto cuarto —La lámpara encendida continúa sobre la mesa.

ESCENA PRIMERA

JUAN. Luego la señora VOCKERAT.

JUAN.—*(Entra precipitadamente por el vestíbulo y se encamina á la puerta de la alcoba).* ¡Madre! ¡madre!

SRA. VOCKERAT.—¿Qué quieres? ¡Cuanto ruído! ¡Vas á despertar al chico!

JUAN.—Vamos á ver, ¿quien te ha concedido el derecho de echar á la calle... á mis huéspedes?

SRA. VOCKERAT.—No hijo: eso es falso. Jamás pensé en tal cosa.

JUAN —*(Paseándose fuera de sí.)* ¡Mientes!

SRA. VOCKERAT.—¡Juan! ¿Así hablas á tu madre? ¿Y te atreves?

JUAN.—¿Por qué no si es la pura verdad? Ana se vá y tú...

SRA. VOCKERAT.—Y yo le ordené, ¿verdad? ¿Te lo ha dicho ella?

JUAN.—No hay necesidad que me lo diga: lo sé.

SRA. VOCKERAT.—¿En qué te fundas? ¡Cándido!

JUAN.—Me fundo en vuestros actos: tanto habeis intrigado y amañado contra ella que la obligais á marcharse. Pero atiendelo qué voy á decirte: si Ana deja esta casa, me echo á través de la puerta y con esta pistola *(Tomándola de la biblioteca)* me destrozo la cabeza, ¡tan cierto como lo oyes!

SRA. VOCKERAT.—*(Tratando de arrebatarle el arma.)* ¡Juan! ¡Suelta! ¡Por favor, deja esto!

JUAN.—¡Te juro que lo haré!

SRA. VOCKERAT.—*(Llamando.)* Vockerat, Vockerat, ven: date prisa. ¡Es capaz de disparar! Vamos, papá, ven enseguida que hay que reprender á Juan.

ESCENA II

Dichos, VOCKERAT.

JUAN.—*(Sosegado ya, deja la pistola.)* ¡Papá!

VOCKERAT.—Sí, yo. ¡Así he de encontrarte! ¡Así!

JUAN.—Madre, ¿qué significa eso?

VOCKERAT.—*(Acercándosele y en tono solemne.)* Qué vuelvas á la razón: he aquí lo qué significa.

JUAN.—¿Qué te ha llevado á esta casa?

VOCKERAT.—La voluntad de Dios.

JUAN.—¿Te llamó, mamá?

VOCKERAT.—Sí.

JUAN.—¿Por qué?

VOCKERAT.—Por socorrerte.

JUAN.—¿En qué se me ha de socorrer?

VOCKERAT.—En tu debilidad, Juan. Todos los mortales somos débiles.

JUAN.—Admitiendo que sea así, ¿cómo quieres ayudarme?

VOCKERAT.—(*Tomándole la mano.*) Demostrán-

dote una vez más nuestra estimación, y notificándote que Dios siempre se regocija de la enmienda de un pecador.

JUAN.—¿Acaso soy un pecador?

VOCKERAT.—*(Dulcemente.)* ¡Vaya! Ante Dios eres un gran pecador.

JUAN.—¿En qué he pecado?

VOCKERAT.—Jesucristo dice: «El que mire una mujer y la desee...» Y lo que has hecho tú, es peor todavía.

JUAN.—*(Haciendo que se tapa las orejas.)* ¡Uf! ¡Papá!

VOCKERAT.—No te hagas el sordo, Juan. Dame la mano. Así, pecador con pecador. Acéptame: tómame por compañero de lucha.

JUAN.—No es posible: estoy en terreno distinto.

VOCKERAT.—Sí; pero es resbaladizo.

JUAN.—¿Como puedes afirmarlo sin haberle pisado? Tampoco conoces mi camino.

VOCKERAT.—Tu camino conduce á la perdición. Hace tiempo que te estoy observando y me ayuda en esta tarea, Dios, en quién tengo puesta toda mi confianza. Por eso no me apresuré á cumplir mi deber, pero hoy vengo en su nombre para decirte que estás al borde de un abismo y debes volverte atrás.

JUAN.—Respeto tus palabras porque son buenas y sinceras, pero no hallarán en mí ningún eco. Tus abismos, papá, no les temo. Procurad no empujarme á otros.

VOCKERAT.—Vamos, Juan, no seas así.

JUAN.—Niego que quien mire una mujer y la desee caiga en adulterio. He luchado y lucho.

VOCKERAT.—Por Dios, Juan, sé razonable. Ya sabes que mis consejos te han valido mu-

cho. Créeme: no te engañes á tí mismo. Piensa en tu mujer y en tu hijo, y si te queda tiempo, en tus ancianos padres.

JUAN.—Y en mí ¿podré pensar un rato?

VOCKERAT.—Bien libre quedarás para ello si te descargas de tantas angustias y pesares.

JUAN.—¿Y si no sucede así?

VOCKERAT.—No temas: ten confianza en mis palabras.

JUAN.—¿Y Ana?

VOCKERAT.—Estas fulanas olvidan facilmente.

JUAN.—¿Y si te equivocas?

VOCKERAT.—Será porque Dios no ha querido.

JUAN.—Mi parecer es distinto, papá. Respecto á esta cuestión, lo más probable es que no lleguemos á entendernos nunca.

VOCKERAT.—*(Conciliativo.)* ¡Si no se trata de entendernos! Tú abusas de nuestros respectivos cambios de situación. No se trata de eso: no hay necesidad de igualar los pareceres.

JUAN.—Dispénsame, ¿de qué se trata, pues?

VOCKERAT.—De obedecer.

JUAN.—¡Es decir que he de hacer cuanto mandes aunque no me guste!

VOCKERAT.—Nada te aconsejaré que no sea saludable. Siento reconvenirte y tenerte de recordar, que nos cuestas muchas penas. Piensa en las repetidas veces que estuvistes enfermo, los cuidados que te prodigamos, las noches que pasamos en vela, los inmensos sacrificios que reclamó tu educación. Y piensa también que todo esto lo hicimos con mucho gusto y de todo corazón.

JUAN.—Padres, os lo agradezco de veras.

VOCKERAT.—Es fácil decirlo, pero no probarlo. Hechos quiero, y no palabras. El ver-

dadero agradecimiento, consistiría en ser piadoso, casto y sumiso.

JUAN.—Eso equivale á decir que soy ingrato, que no merezco vuestras penas y sacrificios!

VOCKERAT.—¿Te acuerdas de la oración que rezabas al acostarte y al levantarte cuando eras niño?

JUÁN —No.

VOCKERAT.—Pues oye: «Señor, haz de mí un buen cristiano, y si no estoy predestinado á serlo. .

JUAN.—Quítame del mundo.» Lo cual, es como si dijéramos que lo mejor sería enterrarme.

VOCKERAT.—Si continuas por tales senderos y tu corazón no se ablanda, en efecto, sería el más eficaz remedio.

JUAN —Soy de la misma opinión. *(Pausa.)*

VOCKERAT.—Vamos, hijo mío, sé razonable. Acuérdate de los que te han predicado el bien. Piensa en el pastor Pfeiffer, tu virtuoso consejero, tu padre espiritual.

JUAN.—*(Desesperado.)* ¡Ea, papá! ¡vete al diablo con tus pastores! ¡No me recuerdes ese hato de imbéciles que me han chupado los tuétanos!

SRA. VOCKERAT.—¡Oh, Dios de bondad!

VOCKERAT.—Cállate, Marta; cállate. (*A Juan.)* Ni tus maestros ni nosotros merecemos tales recriminaciones.

JUAN.—*(Gritando.)* ¡Me han perdido!

VOCKERAT.—Tú blasfemas, Juan.

JUAN.—Sé lo que digo: me han perdido, arruinado.

VOCKERAT —¡Así recompensas nuestro afecto!

JUAN.—¡Reniego de él, porque también me ha perdido!

VOCKERAT.—Ni te conozco ni te comprendo.

JUAN.—Lo creo: no me habeis comprendido nunca ni me comprendereis jamás. *(Silencio.)*

VOCKERAT.—Pues bien, se acabó. Abrigué alguna esperanza de conciliación pero veo que mis razonamientos serían inútiles: sólo Dios obrando algún prodigio podría remediar. Ven Marta: nada tenemos que hacer ya aquí: para acabar nuestros días en cualquier parte estaremos bien. *(Volviéndose á Juan.)* Antes quiero decirte, Juan, que te guardes de manchar tus manos de sangre. ¿Reparaste en Catalina? ¿No temes por su razón? ¿La has examinado detenidamente alguna vez? ¿Te das cuenta de los sufrimientos á que la sometes? ¡Pobre criatura! Tu madre podría explicarte como ha pasado la noche llorando y sollozando ante tus retratos Te lo repito, Juan, conserva tus manos límpias de sangre, y la conciencia libre de un crimen. Y basta: hemos cumplido nuestra misión. Vamos Marta.

JUAN.—*(Después de vacilar.)* ¡Padres! *(Se abrazan todos.)*

VOCKERAT Y SRA. VOCKERAT —¡Juan! *(Pausa.)*

JUAN.—*(Amable.)* Decidme, ¿qué debo hacer ahora?

VOCKERAT.—Dejarla partir, sin intentar retenerla.

JUAN.—Obedeceré: lo prometo. *(El abatimiento le obliga á sentarse. Su madre, emocionada de alegría, entra en la alcoba).*

VOCKERAT.—*(Acariciándole el pelo y abrazándole).* Ahora... que Dios te dé fuerzas para todo. *(Pasa á la alcoba.—Juan se queda inmóbil; luego se levanta inquieto encaminándose hacia la ventana, donde mira un rato á*

través de las sombras de la noche.—Después abre la puerta dél vestíbulo.)

ESCENA III

JUAN y ANA.

JUAN.—Alguien anda por áhí.

ANA.—Soy yo, Juan. *(Entra).*

JUAN.—*(Paseandose).* ¿Quería usted marcharse sin despedirse de mí?

ANA.—A decir verdad, dudé un instante. Pero ahora creo que más vale así.

JUAN.—Me hallo en situación terrible. Llegó mi padre... Jamás le había visto así... No puedo olvidar aquella emoción. Y por otra parte, es preciso que vea como nos abandona usted; usted señorita... y...

ANA.—Y sin embargo, señor doctor, debía partir un día ú otro.

JUAN.—¡Pero si usted no debe partir...! ¡Si usted no puede partir...! Y menos ahora, en este momento... *(Se sienta, apoya la frente en la palma de la mano y suspira dolorosamente).*

ANA.—*(Con voz apenas inteligible).* ¡Señor doctor...! *(Pone cariñosamente la mano en la cabeza de Juan).*

JUAN.—¡Ah! ¡Señorita Ana...!

ANA.—Piense usted en todo lo que nos dijimos, hace poco, una hora apenas... ¿Convertiremos la necesidad en virtud?

JUAN.—*(Levantándose y paseándose nerviosamente.)* No recuerdo lo que dijimos. Vacía está mi cabeza que atormentaron y destruyeron. Tampoco recuerdo lo que hablé con mi padre. No sé *nada*: mi cabeza está aniquilada.

ANA.—¡Oh!... y sin embargo sería tan hermo-

so, Juan, que nuestros últimos momentos los percibiéramos con claridad!

JUAN.—(*Después de corta lucha interior*). Ayúdeme usted, señorita. Nada noble, nada elevado resta en mí. Me he convertido en otro. En este momento ya no soy el que era cuando llegó usted aquí. Solo siento repugnancia y aversión á la vida. Nada tiene valor alguno para mí. Todo está sucio, asqueroso, profanado, cubierto de lodo. Digo mal, por los gestos y palabras de usted vengo á colegir que yo era algo para usted y si no puedo seguir lo que era, entonces... entonces .. ¿qué me importa lo demás?... Firmando bajo la suma, habré terminado mi cuenta (*Se detiene delante de Ana*). Déme usted un sostén .. algo en que apoyarme... Un sostén Estoy destrozado... un apoyo... Todo se hunde en mí, señorita.

ANA.—Señor doctor, siento muchísimo verle así. No sé que apoyo prestarle. Pero piense usted en que todo esto lo sabíamos de antemano: un día antes ó un día después, debía suceder, señor doctor. (*Juan se para y reflexiona*). Y ¿qué?... ¿Recuerda usted ahora? ¿Intentaremos la prueba? ¿Quiere usted que nos dictemos una ley y que á esta ley única,nuestra, conformemos toda nuestra vida aunque jamás nos volvamos á encontrar...? ¿Sí? Aparte de esto, nada puede ligarnos. No debemos abrigar ilusiones: todo lo demás, nos separa. ¿Estamos de acuerdo?... ¿Acepta usted?...

JUAN.—Comprendo que esto pudiera sostenerme. Podría también trabajar sin esperanza de alcanzar el fin. Pero ¿quién me responde de ello...? ¿Dónde encontrar la

fé?... ¿Quién me asegura que no me atormento inútilmente, por nada?...

ANA.—Si *queremos*, Juan ¿para que necesitamos fé ni garantías?.

JUAN.—Y ¿si mi voluntad no es fuerte?...

ANA.—*(Con voz muy cariñosa).* Si la mía desfalleciese, pensaría en aquel que acata la misma ley. Y estoy segura que tal pensamiento me reanimaría. Juan, en usted pensaré.

JUAN.—Pues bien ¡sea! Señora Ana, *quiero, quiero.* Conservaremos la idea de una existencia nueva, libre, que evoque la felicidad ya lejana que fué nuestra. No se desvanecerá lo que sentimos alguna vez la probabilidad que hemos vislumbrado. ¡No importa que disponga de porvenir ó no, subsistirá. Su luz continuará brillando en mi, y si se extingue es que también mi vida se habrá extinguido. *(Los dos callan profundamente emocionados.)* Gracias, Ana.

ANA.—¡Sea usted dichoso, Juan!

JUAN.—¿A dónde va usted ahora?...

ANA.—Tal vez al Norte... Tal vez al Sur.

JUAN.—¿No quiere usted decírmelo?...

ANA.—¿No sería mejor que no me lo preguntara?

JUAN.—Pero no nos enviaremos siquiera... de cuando en cuando... algunas palabras... algunas noticias tal vez.. lo que hacemos... en donde estamos?...

ANA.—*(Levanta la cabeza tristemente).* ¿Debemos hacerlo? ¿No nos expondríamos á naufragar...? Y si zozobráramos nos habríamos equivocado una vez más.

JUAN.—Pues bien ¡sea! Llevaré la carga, la sostendré aunque me aplaste. *(Da la mano á Ana.)* ¡Que sea usted feliz!

ANA.—*(Esforzándose en dominarse).* ¡Juan! Es-

cuche usted...: esta sortija fué recuperada del dedo de una muerta, de una mujer que acompañó á su esposo á Siberia... y que luchó á su lado hasta el fin. *(Con ligera ironía)*. Nuestro caso es distinto

JUAN.—¡Ana!... *(Lleva la mano de Ana á sus labios)*.

ANA.—Nunca llevé otra joya. Hay que pensar en la historia de esta sortija, si la voluntad se debilita. Y cuando la contemple en sus horas de desaliento, piense entonces... en aquella... que lejos de usted... alma solitaria como la suya... combate en la misma batalla dolorosa. ¡Que sea usted feliz!

JUAN.—*(Con desesperación.)* ¿*Jamás, jamás* nos volveremos á ver?

ANA.—Si nos viésemos de nuevo, estaríamos perdidos.

JUAN.—¡Ah! Si pudiera resignarme á esta idea.

ANA.—El viento que no derriba el árbol, prueba su fortaleza, Juan! *(Quiere marcharse)*.

JUAN.—¡Ana!... ¡Hermana!..

ANA.—*(Llorando)* ¡Hermano Juan!

JUAN.—¿No se atrevería un hermano á abrazar á su hermana cuando van á separarse para siempre?

ANA.—No, Juan.

JUAN.—¡Sí, Ana, sí! *(La estrecha entre sus brazos y confúndense sus labios en un solo y fervoroso beso. Después, Ana se desprende y desaparece por la galería. Juan queda como aturdido; luego va y viene apresurado, exhala algunos suspiros y se detiene. Oyese el rumor lejano de un tren que avanza á través del bosque. Juan abre la puerta de la galería y escucha. El tren se oye más cerca y de pronto para. La campana de la estación suena*

tres veces. El silbido de la locomotora dá la señal de partida. Juan se dirige á su despacho pero tropieza en una silla y cae gimiendo y sollozando.—La luna da de lleno en la galería. Oyese hablar dentro de la alcoba. Se levanta sobresaltado, se encamina á su despacho se para, reflexiona un rato, vuelve atrás, y desaparece por la galería.—Vockerat y su esposa salen de la alcoba encaminándose hacia el vestibulo.)

ESCENA IV

VOCKERAT y Señora VOCKERAT. Después JUAN.

VOCKERAT. — ¡Juan!... ¡Juan!... Nadie. Sin embargo, juraría que alguien andaba por ahí

SRA. VOCKERAT. —*(A la puerta)*. Subieron por la escalera.

VOCKERAT.—Sería Juan. No lo incomodemos: necesita descansar Si acaso llamaríamos á Braun.

SRA. VOCKERAT. — Tienes razón: voy en su busca ¡A no ser que suba yo primero!

VOCKERAT —*(Cerca de la puerta de la galería.)* No, Mar a. *(Abre la puerta y escucha).* ¡Que noche más bella! Ven, escucha!

SRA. VOCKERAT.—*(Apresurada)* ¿Qué?

VOCKERAT.—Gansos silvestres. Mira, más allá del lago, ¿no ves unos puntos iluminados por la luna?

SRA. VOCKERAT —Ya sabes que tengo la vista delicada; no alcanzo. *(Vuélvese hacia la puerta del vestíbulo).*

VOCKERAT.—Ven; escucha.

SRA. VOCKERAT. — ¿Qué? *(Parándose).* Dí, ¿qué?

VOCKERAT.—Chist: no te muevas.

SRA. VOCKERAT.—Pero, dí, ¿qué hay?

VOCKERAT.—*(Cierra la puerta y se reune á su esposa).* Nada. Parecióme que alguien remaba.

SRA. VOCKERAT.—¿A estas horas? Te equivocastes. *(Vanse por el vestíbulo.—Juan entra por la galería con gran precaucion. Viene trastornado, pálido como la muerte y respirando con la boca abierta. Mira inquieto en derredor, después se sienta y escribe apresurado. Arroja la pluma, se levanta, y al oir ruído desaparece por la galería. Los esposos Vockerat vuelven acompañados de Catalina.)*

ESCENA V

VOCKERAT, Señora VOCKERAT y CATALINA.

SRA. VOCKERAT.—¡Hase visto! ¡Estar á oscuras!

CATALINA.—*(Tapándose los ojos con la mano).* La luz me ciega.

SRA. VOCKERAT.—¡Pero mujer! ¡en plena obscuridad! ¡Y Dios sabe desde cuando!

CATALINA.—*(En tono desconfiado)* ¿Qué tiene de extraño? ¿A qué viene tanta amabilidad conmigo?

VOCKERAT.—Puesto que eres nuestra única hija y que te apreciamos de todo corazón... *(La abraza).*

CATALINA.—*(Sonriendo con pena).* Ya; ustedes tienen piedad...

SRA. VOCKERAT.—¿Te sientes mal, todavía?

VOCKERAT.—No hay cuidado: todo se andará. A Dios gracias, lo peor del camino está pasado. *(Pausa).*

CATALINA.—*(Sentada á la mesa.)* No sé lo que tengo. Estoy aturdida: mi estado solo es

comparable al de quien concibe un desatino y de pronto se dá cuenta...

SRA VOCKERAT.—No comprendo.

CATALINA.—¿Se marchó Ana?

VOCKERAT.—Sí. ¿Serás feliz, ahora? (*Catalina no responde*). ¿No continuarás amando á Juan?

CATALINA.—(*Después de reflexionar,*) No puedo quejarme de mi pasado. Verdad que mi amiga Fanny Stenzel casó con un pastor, mas, por grande que sea su dicha no quisiera encontrarme en su lugar. — ¿Hay humo en la habitación?

SRA. VOCKERAT.—Hija mía, nada noto.

CATALINA.—(*Gimiendo y torciéndose las manos*). ¡Ay, Dios mío! ¡Todo acabó, todo!

VOCKERAT.—Vamos Catalina, no pierdas la fe. Por mi parte, abrigo nuevas esperanzas. No desconfiemos. Dios es bueno y dispone de medios extraordinarios para atraerse las almas extraviadas. Me parece que Juan se repondrá.

CATALINA.—Ven ustedes, mi primer sentimiento, al pedirme la mano Juán, fué el más justo y acertado. Me acuerdo perfectamente que todo el día estuve preguntando: «¿qué podrá hacer de tí un hombre tan sabio é inteligente?»

SRA. VOCKERAT.—Te engañaste, Catalina. La mujer que cumple con su deber se eleva ante su esposo y éste se ve obligado á venerarla. Esta es la verdad.

VOCKERAT.—(*Temblándole la voz*). Muy bien. Por eso... ateniendo á lo dicho por Marta... y á fin de concluir de una vez... si pudieses perdonarle... si perdonases su pecado...

CATALINA.—¡Oh, si solamente se tratase de perdonar! Puesta á perdonar, perdonaría una, cien veces, mil... Pero no; Juan está

por cima de todo. Yo, infeliz criatura nada tengo que perdonarle. La cuestión solo consiste en darse cuenta exacta de las situaciones respectivas: tu eres *eso* y no *aquello*. Y como que por mi parte sé lo que soy y lo que no soy... *(Fuera voces de* ¡Eh! Eh!)

SRA. VOCKERAT.—Escucha, escucha, Catalina. Atiende á lo que voy á decirte. Ven, que te acostarás y te leeré los cuentos de Grimm hasta que te duermas. Mañana al clarear ya te tendré dispuesta una sopa y un huevo crudo. Luego te vestirás y daremos una vueltecita por el jardín. ¡Ya verás que bueno estará el sol y como te parecerá todo cambiado! Vamos pues, ven.

ESCENA ULTIMA

Dichos. BRAUN por la galería.

BRAUN.—¡Buenas noches!

VOCKERAT.—Hola, señor Braun.

BRAUN.—Le saludo, señor Vockerat. *(Estrechándole la mano)*. ¿Está Juan?

VOCKERAT.—Arriba, seguramente.

BRAUN.—¡Ah!... Es decir, ¿está usted seguro?

VOCKERAT.—Supongo que sí. ¿Verdad Marta? ¿Por qué lo pregunta usted?

BRAUN.—Voy á ver. (*Sale por la puerta del vestíbulo*).

SRA. VOCKERAT.—*(Algo inquieta)*. ¿Qué tendrá Braun?

CATALINA.—*(Asustada)*. ¿Pero, dónde está Juan?

SRA. VOCKERAT.—Vamos hija, no te atormentes. ¿Dónde ha de estar?

CATALINA.—*(Cada vez más inquieta)*. Eso digo yo.

VOCKERAT.—Arriba mujer, arriba, como es

natural. *(Vuelve Braun. Espectacion. Pausa.)* ¿Qué nos dice usted, Braun?

BRAUN.—Que no le encuentro por ninguna parte.

VOCKERAT —Pero bien, ¿y qué?

BRAUN.—Nada, nada.

CATALINA.—*(A Braun)*. Algo ha ocurrido: usted lo sabe y no lo dice.

BRAUN.—No señora; va de veras. Entiendo, eso sí, que en semejantes circunstancias á Juan no habría que dejarle ni un instante solo. Sobre todo atendiendo á lo que hace un rato... Más, no hay que inquietarse: ¡tonterías que se me ocurren!

SRA VOCKERAT.-Usted nos oculta algo, Braun.

VOCKERAT —Por Dios, hable usted.

BRUAN —Pues bien; oigan el caso. Al transponer poco há la puerta falsa del jardin, oi el rumor de una canoa surcando el agua Me acerqué, y vi á uno. no sé quien: me pareció un hombre. Mil pensamientos me ocurrieron, llamé, pero nadie respondió. Me parece que Juan hubiera respondido.

CATALINA. — *(Desesperada)*. Era él... Sí, era Juan. Corred, por Dios; corred pronto. Mamá, papá, ustedes lo han perdido. ¿Por qué obraron así?

SRA. VOCKERAT.—¡Pero, hija mía!

CATALINA.—No niegue usted:lo sé. Juan no podía más; tanto peso le aplastaba. Pero yo lo hubiera soportado todo, todo, con tal de q e no se marchase.

VOCKERAT.—*(Precipitándose hacia el jardin)*. ¡Juan! ¡Juan!

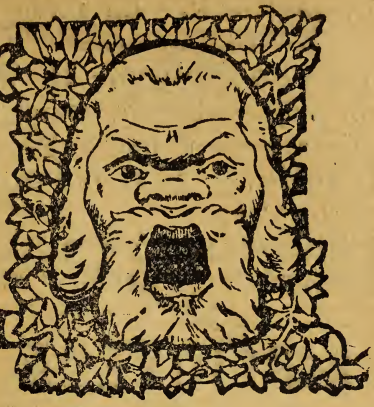
SRA. VOCKERAT.—*(Desapareciendo por el vestíbulo y llamando por las habitaciones)*. ¡Juan! ¡Juan!

CATALINA.—*(A Braun)*. ¿Dijo usted un hombre, eh? ¿Y usted llamó y él no respondió?

Pues, corra usted; dese prisa; enseguida. (*Braun desaparece por el jardín. Catalina trata de seguirlo.*) Pronto voy con usted. (*Torciéndose las manos*). ¡Ay, Dios mío! ¡Señor, sálvalo! ¡Haz que pueda hablarle! (*Oyese á Braun llamando*: ¡Eh! ¡Eh! ¡Juan! *Catalina desde la puerta del vestíbulo.*) Venid, acudid todos con linternas, y al jardín pronto. Daos prisa. (*Al encaminarse hacia la galería descubre el papel que Juan dejó escrito, y se detiene. Con paso trémulo se acerca á la mesa, toma el papel, lee, cierra los ojos y se desmaya.—Fuera continúan las voces de* ¡Juan! ¡Juan...!)

TELON

TEATRO ANTIGUO Y MODERNO



Colección de las mejores obras dramáticas á 1 peseta el tomo

---

bsen.—Halvard Solness, 1.—Hedda Gabler, 2.—Los puntales de la sociedad, 3.—Un enemigo del pueblo, 4.—Casa de muñeca 7.—La unión de los jóvenes, 8.—Brand, 10.—El pato silvestre, 11.—Espectros, 14.

trindberg.—La señorita Julia, 5.

hakespeare.—Hamlet, 6.—Otelo, 13.—La fierecilla domada, 15.

alzac.—Lucha eterna, 9.

udermann.—El Honor, 12.

arlowe.—Fausto, 16.

agano.—Mas allá de la vida, 17.—El dominador, 19.

Maeterlinck.—La intrusa.—Los ciegos.—I
terior, 18.
Tirso de Molina.—D. Gil de las calzas ve
des, 20.—El vergonzoso en palacio, 21.—I
Villana de Vallecas, 22.
Mdratín. — El sí de las niñas. — El médico
palos 24.
Hauptmann.—Almas solitarias, 23.
Calderón.—La vida es sueño, 25.

BIBLIOTECA SELECTA

Janet.—El materialismo contemporaneo. (*Ag*
tada), 1.—Filosofía de la felicidad, 1 pta., 2
Ribot. — La filosofía de Schopenhauer, 1'5
ptas., 3.
Salustio.—Conjuración de Catilina, 0'75 pes
tas., 4.
Wagner.—Mis ideas, 5.

I. Farré y Carrió.—Gramática de la llengu
catalana, 2 ptas. — Gramática castellana
catalana, 2 ptas.
Bofarull.—L'orfaneta de Menargues, 5 ptas.

M. Durán y Bás.--Filosofía del derecho, 1 pt

Manual de la conversación ESPAÑOL-FRANC
—1 tomo de más de 300 páginas 1 peseta.

TEATRO ANTIGUO Y MODERN

Colección de las mejores obras dramaticas á 1 peseta el tom

Ibsen.—Halvard Solness.
» —Hedda Gabler.
» - Los puntales de la sociedad.
» — Un enemigo del pueblo.
» —Casa de muñeca.
» - La unión de los jóvenes.
» —Brand.
» — El pato silvestre.
» — Espectros.
Shakespeare.—Hamlet.
» —Otelo.
» —La fierecilla domada.
Balzac.—Lucha eterna.
Strindberg.—La señorita Julia.

Sudermann.—El honor.
Marlowe.—Fausto
Pagano.—Más allá de la vi
» El dominador.
Maeterlinck.—La intrusa.-
ciegos. Intei
T. de Molina—D. Gil de las
calzas ve
» El vergonzos
pal
» La Villana d
Valle
Moratin.—El sí de las niñas.-
» médico a p
Hauptmann.—Almas solita
Calderón.—La vida es sueño